

WILLIAMS SHAKESPEARE

OTELLO

TRAGEDIA EN CINCO ACTOS

Ambrosio Carrion

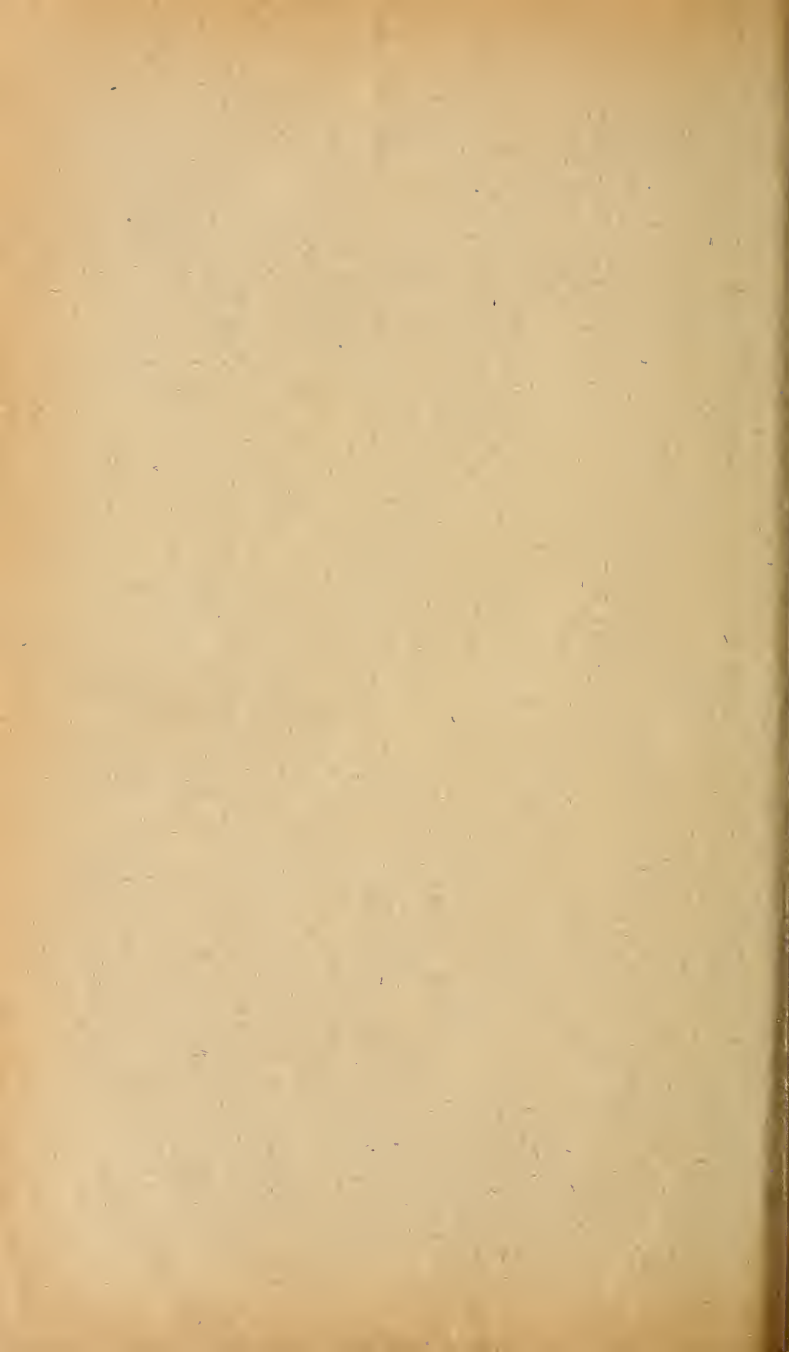
②

MADRID

Sociedad de Autores Españoles

1913

16



OTELLO

Este arreglo es propiedad de sus autores y nadie podrá, sin permiso, reimprimirlo ni representarlo en España ni en los países con los cuales se haya celebrado, o se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Reservado el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

—
Queda hecho el depósito que marca la ley.

OTELLO

TRAGEDIA EN CINCO ACTOS

— DE

WILLIAMS SHAKESPEARE

TRADUCCIÓN Y REFUNDICIÓN EN VERSO

ADAPTADA A LA ESCENA ESPAÑOLA POR

AMBROSIO CARRIÓN Y JOSÉ M.^a JORDÁ



BARCELONA

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE FÉLIX COSTA

45 - Conde del Asalto - 45

1913

PERSONAJES

EL DUX DE VENECIA.

EL SENADOR BRABANCIO.

OTROS SENADORES.

GRACIANO.

LUDOVICO.

OTELLO.

CASIO.

RODRIGO.

YAGO.

MONTANO.

UN MENSAJERO.

UN HERALDO.

UN OFICIAL.

DESDÉMONA.

EMILIA.

Oficiales, caballeros, marineros, criados, etc.



ACTO PRIMERO

Cuadro I

Una calle de Venecia. A la izquierda, la casa de Brabancio.

ESCENA PRIMERA

RODRIGO y YAGO

RODRIGO Ni una palabra, Yago. Me lastima que tú, que usaste siempre de mi bolsa como dueño y señor, supieras...

YAGO ; Basta !...
ya que oirme no quieres... Mas si pude en tal cosa soñar, debes odiarme.

RODRIGO Creo que le aborreces. Cuando menos así me lo dijiste...

YAGO Y tu desprecio exijo si no es cierto. Tres ilustres señores de Venecia, le rogaron que me nombrara su teniente ; y juro que mi valor tal cargo merecía. Mas él, como hombre altivo, encaprichado con sus ideas, a mis protectores replicó con palabras evasivas, y con huecos conceptos de estrategia, y en suma, despidiéndoles les dijo : Mi segundo, lo tengo ya nombrado.

(Breve pausa.)

Y ¿quién es? Miguel Casio ; un florentino,

un necio, que a una dama no podría acaso gobernar ; que nunca estuvo de un escuadrón al frente, y que de táctica sabe tanto como cualquier doncella. Sólo la teoría de los libros conoce, mas en esto el Gran Consèjo docto es también. Palabrería vana, sin práctica, he aquí toda su ciencia. Y no obstante, ese hombre es preferido por Otelo. Y yo, que ante sus ojos en Rodas combatí, igual que en Chipre y otras regiones, he de contentarme mirando cómo medra el matemático, en tanto que yo sigo siendo alférez de su excelencia el Moro.

RODRIGO ¡ Vive Cristo !...

¡ Antes ser su verdugo prefiriera !

YAGO ¿ Y qué he de hacer ? Los gajes del servi-
[cio

son estos. No hay ascensos si no tienes el favor de tu dueño. Y ahora juzga si la razón me sobra para odiarle.

RODRIGO Yo en tal caso, abandono su servicio.

YAGO Calma, Rodrigo. Que si aun le sirvo es esperando que la vez me llegue. Amos no pueden ser todos los hombres, ni estar todos los amos bien servidos. Y así te juro, que como Rodrigo, tú te llamas, Otelo no quisiera yo ser teniendo un Yago ; que sirviéndole, a mí mismo me sirvo. Sabe el cielo que si le finjo afecto, es sólo el ansia, de lograr mis intentos. Y si un día mis acciones lograran delatarme, a los grajos yo mismo arrojaría mi corazón. No soy lo que parezco.

RODRIGO (Mirando la casa de Brabancio.)

¡ Y que pueda alcanzar ese salvaje tanta dicha !...

YAGO Pues bien, llama a su padre :
Despiértalo ; emponzoña su alegría,
su deshonor proclama ; a sus parientes

irrita y si su dicha no podemos
destruir, cuando menos de inquietudes
y de enojos hemos de rodearla.

RODRIGO Esta es la casa. Llamaré...

YAGO Con gritos
desgarradores, pavorosos, tristes,
como si la ciudad se consumiera
en las llamas...

RODRIGO (Gritando.)

¡ Brabancio ! ¡ ¡ Hola, Brabancio ! !

YAGO ¡ Al ladrón, al ladrón ! ¡ Alzad, Braban-
cio !...

ESCENA II

Dichos y BRABANCIO

BRABAN. (Apareciendo en una ventana.)

¿Quién da esos gritos? ¿Por qué causa?

RODRIGO En vuestra

casa, ¿no falta nadie?

YAGO ¿Están cerradas

todas las puertas?

BRABANCIO ¿A qué vienen tales

preguntas?

YAGO Con cien mil diablos, presto

vestíos. Que en el corazón os hieren

y os roban la mitad de vuestra alma.

Dad orden de que toquen a rebato

la campana, para que se despierten

los vecinos ; de lo contrario, puede

que esta noche el diablo os haga abuelo.

BRABANCIO ¡ No os comprendo ! ¿Estáis loco?

RODRIGO ¿No conocen

mi voz, vuestros oídos?

BRABANCIO ¡ No !

RODRIGO Rodrigo

yo soy.

BRABANCIO Ve enhoramala. ¿Prohibido

no te tengo que rondes mis ventanas?

De mis labios ya sabes que mi hija
no es para ti; ¿y ahora, embriagado,
llegas para turbar mi sueño? ¡Vete!

RODRIGO ¡ Señor, señor! (Suplicando.)

BRABANCIO Juro que ha de pesarte
la burla.

RODRIGO Moderad vuestras palabras.

BRABANCIO ¿Qué dijiste de robo? Esta es Venecia
y no es mi casa un almacén.

RODRIGO ¡ Os juro
que llego a vos con intención honrada!

YAGO (Interrumpiendo.)

¡ Por el diablo, buen señor!... ¿Acaso
sois de aquellos que a Dios servir no quie-
ren

aunque el mismo demonio se lo pida?

¿Llegamos a prestaros un servicio
y nos juzgáis rufianes? ¿Vuestra hija
queréis casar con un caballo árabe
y que relinchen vuestros nietos?...

BRABANCIO Dime

¿quién eres tú, infame deslenguado?

YAGO Uno, buen viejo, que a deciros viene
que vuestra hija se halla con el Moro
esta noche.

BRABANCIO Eres un miserable.

YAGO Y vos... un senador.

BRABANCIO Tienes que darme
satisfacción, Rodrigo, de esta infamia.

RODRIGO Y de todo, señor. Mas yo os suplico
que me digáis, si con permiso vuestro
y a media noche, sin otros guardianes
que un gondolero, vuestra hija ha sido
transportada a los brazos del lascivo
Moro. Si es con permiso vuestro, entonces
mal obramos viniendo a preveniros.
Mas si no lo sabéis, estoy seguro
que vuestra aciaga suerte remediamos.
Buscadla, pues, en sus habitaciones,
en la casa, y si la halláis en ella
me podéis entregar a la justicia.

BRABANCIO (Desapareciendo de la ventana.)

¡Luces, pronto ! ¡ Una antorcha ! ¡ Que
[despierte
todo el mundo !... ¡ Mi sueño ha coincidido
con la noticia ! ¡ Luces, presto, luces !

(Desaparece.)

YAGO

Debo marcharme ; ¡ adiós ! Yo no podría
por el cargo que tengo, contra el Moro
atestiguar, ¿comprendes? Aunque le odio
como al infierno, afecto he de fingirle,
en apariencia sólo... Puedes creerme...

(Desaparece por el lado opuesto. Sale Brabancio y se
detiene vacilante en el dintel de la puerta.)

BRABANCIO ¡ Oh, mi desdicha es cierta ! ¡ Se ha mar-
[chado,

mancillando mis canas ! Di, Rodrigo,
¿dónde la viste? ¿Con el Moro has dicho?

(Gritando dentro de la casa.)

¡ Más antorchas, aprisa !

(A Rodrigo.)

¿Acaso, crees

que se han casado?

RODRIGO

Lo presumo.

BRABANCIO

¡ Cielos !

¿Cómo pudo ella huir? ¡ Oh, sangre mía,
que me traicionas !... Pronto, qué a mi

[hermano

despierten. ¡ Vamos todos por distintos
caminos !

(A Rodrigo.) ¿Por azar el sitio sabes
donde he de hallarlos?

RODRIGO

Pienso descubrirlos,
si vos me acompañáis con buena escolta.

BRABANCIO

Guíanos, te lo ruego. A cada puerta
llamaré, que derecho para ello
tengo. Vamos a armarnos. Buen Rodrigo,
yo sabré agradecer tantos favores.

(Entran en la casa. Por el lado opuesto aparecen Otelo,
Yago y varios criados con antorchas.)

ESCENA III

OTELO, YAGO y varios criados con antorchas.

YAGO Aunque en la guerra yo quité la vida
a muchos hombres, me repugna un crimen
premeditado cometer. Quisiera
tener un corazón menos sensible.

He estado a punto ya nueve o diez veces
de atravesarle el pecho con mi daga.

OTELO Prefiero lo contrario.

YAGO En tales términos
habló de vos, que a comprender no llego
cómo logré calmar mi fiero enojo.
Mas decidme: ¿os casasteis realmente?
Debéis tener en cuenta lo querido
que es este noble y que su poderío
alcanza al mismo dux. Quizás intenté
haceros divorciar y sobre vuestro
lanzar humillaciones y desdichas
tantas, como la ley permitir pueda.

OTELO Deja que sobre mí caiga su ira.
Los servicios prestados al Estado
por mi brazo, reducirán sus quejas
al silencio. Se ignora, y cuando quiera,
proclamaré mi origen, ya que puedo
vanagloriarme de él, pues descendiente
soy de reyes, y mis merecimientos,
no es mucho, así, que a tal fortuna aspiren
como esta que he alcanzado. Más te juro,
buen Yago, que a no amar, como a Des-
[démona
adoro, yo jamás mi independiente
condición sujetara o restringiera
por todos los tesoros que en su seno
encierra el mar. Mas ¿qué son esas luces
que por allí se acercan?

YAGO Es el padre
a quien han despertado y que aquí llega
con sus amigos. Retiráos.

OTELO ¿Yo? ¡Nunca!

Aquí deben hallarme. Mi conciencia,
mi posición, mi rango, han de abonarme.

(Por los que llegan.)

¿Estás seguro de que son?...

YAGO

¡ Por vida
del dios Baco ! ¡ Creo que no !

ESCENA IV

CASIO y varios oficiales de la Señoría con criados que llevan antorchas.

OTELO

Oficiales

del dux ¿ y mi teniente ? ¡ Buenas noches
amigos ! ¿ Qué sucede ?

CASIO

El dux me ordena
que os salude y os ruegue que al momento
ante él comparezcáis.

OTELO

¿ Sabéis qué ocurre ?

CASIO

Según creo, serán nuevas de Chipre.
El asunto es urgente. Con premura
se os llamó, y fué en vano que acudieran
a vuestra casa. Entonces el Senado,
dió orden de buscaros en distintos
parajes.

OTELO

(Señalando la casa de Brabancio.)

Necesito dos palabras
decir en esta casa y en seguida
os sigo.

CASIO

Ved, señor, otros que llegan.

ESCENA V

Dichos, BRABANCIO y RODRIGO, que salen de la casa rodeados de
servidores armados y de otros con antorchas.

YAGO

(A Oteló.) General, es Brabancio. Mi consejo
seguid, que no son buenos sus intentos.

OTELO

(A Brabancio y los suyos.)

¡ Deteneos !

RODRIGO

(A Brabancio)

Señor, vedle, es el Moro

BRABANCIO (A los suyos.)

¡Matadle! ¡A él!

YAGO

¡Rodrigo! Vos conmigo
os tenéis que entender.

(Le aparta de allí.)

OTELLO

Vuestros aceros
envainad, que el rocío de la noche
puede empañarlos. ¡Más con vuestros
[años
mandáis, señor, que con las armas vues-
[tras!

BRABANCIO ¡Ladrón infame! Dime, ¿dónde ocultas
a mi hija? Sin duda la hechizaste,
ser infernal, y emplazo a los mortales
para que manifiesten si no es cierto
que para seducirla, has empleado
ruines sortilegios, abusando
de su inocencia virginal, con filtros,
o compuestos de alquimia que perturban
el cerebro. Por ello te detengo
y te acuso de corruptor infame
ya que ejerces un arte que condena
la ley. Aseguradle y si resiste
emplead la violencia si es preciso.

(Los dos bandos van a lanzarse uno contra otro. Oteló
grita.)

OTELLO

¡Deteneos! Lo mismo mis amigos
que vosotros. ¡Si combatir yo debo
no necesito nadie que me advierta!

(A Brabancio.)

¿Dónde he de responder a vuestros car-
[gos?

BRABANCIO En la cárcel, hasta que llegue el plazo
en que la ley te llame a defenderte.

OTELLO

Y si obedezco, ¿el dux que me reclama
para asuntos urgentes del Estado
qué dirá, cuando aquí sus emisarios
esperándome están?

OFICIAL

Señor, es cierto,
y no dudo que a vos también aguardan.

BRABANCIO ¡Cómo! ¿El dux en Consejo? ¿A tales
[horas?

Conducidlo hasta allí, que no es mi causa
de menguado interés y el dux y todos
mis compañeros, sentirán mi afrenta
como si a ellos mismos mancillara.

(Mutación.)

Cuadro II

Sala del Consejo, en el palacio del dux

ESCENA I

EL DUX y los SENADORES sentados alrededor de una mesa. Guardias, etc. Después un mensajero

EL DUX Entre ellas, no concuerdan las noticias.
SENADOR 1 Dudosas yo también las considero
«Ciento siete navíos» en mis cartas
me anuncian.

EL DUX Leo aquí «ciento cuarenta»,
SENADOR 2 Yo aquí «doscientos». Mas si no coinciden
las cifras de las cartas, todas ellas
concuerdan en que avanza una gran flota
de turcos contra Chipre.

EL DUX Harto probable.
Y que entre sí discrepen los avisos
no calma mis temores, ya que todos
afirman lo que más me intranquiliza.

OFICIAL Llegan más nuevas.

(Entra un mensajero.)

MENSAJE. ¡ Oh, nobles señores,
los otomanos que se dirigían
a la isla de Rodas, se han reunido
con fuerte escuadra de reserva!

SENADOR 1 Ciertos
mis temores resultan. Y la flota
¿a cuánto asciende?

MENSAJE. A unas treinta velas,
que virando de bordo se dirigen
a la isla de Chipre. El valeroso

Montano, tal aviso ahora os envía
suplicando confiéis en sus palabras.
EL DUX No cabe duda, a Chipre se dirigen.
¿Marcòs Luquese está en Venecia?
SENADOR I Se halla
en Florencia, señor.
EL DUX Que se le escriba
que torne sin demora. No podemos
perder ni un solo instante.
SENADOR I Ved ; Brabancio
llega y con él, el valeroso moro.

ESCENA II

Dichos, BRABANCIO, OTELO, YAGO y RODRIGO, con su acompañamiento.

EL DUX Valiente Oteló, vuestro brazo ahora
necesitamos para que rechace
al común enemigo.
(A Brabancio.)
Perdonadme,
señor ; nos ha hecho falta aquí esta noche
vuestro auxilio y consejo.
BRABANCIO Y a mí el vuestro.
Excusadme, oh alteza, si aquí llego,
y no me trae el bien común, ni el cargo
que ocupo, ni el aviso que enviasteis.
No me conmueve la desdicha patria
ya que mi propia angustia es tan violenta
cual catarata que en su irresistible
furor traga y asola el duelo ajeno.
EL DUX ¿Qué os sucede?
BRABANCIO Señor, mi hija querida...
EL DUX ¿Ha muerto?
BRABANCIO ¡Para mí ! Me la han robado,
seducido con artes infernales ;
que criatura en su razón, no puede
lanzarse a tal locura.
EL DUX Al miserable,
que osó obrar de manera tan indigna

y os privó con sus mañas criminales
de vuestra hija, aplicaréis vos mismo
el texto de la ley que creáis justo.
No ha de librarse ni siendo hijo nuestro.

BRABANCIO Os doy gracias, señor. Ved el culpable :
Es el Moro, llamado por vosotros
para asuntos de Estado.

DUX Y SENADORES ; Oh, lo sentimos !

EL DUX (A Oteló.)

¿Qué podéis alegar, en favor vuestro?

OTELÓ Poderosos, ilustres caballeros,
dueños míos : es cierto que he robado
la hija de este anciano, como es cierto
que la he tomado por esposa. Estos
son mis crímenes todos. Mi palabra
es ruda y desconozco los conceptos
galantes que la paz puede enseñarnos,
ya que estos brazos desde siete años
en las luchas placer tan sólo hallaron
y sólo sé decir del vasto mundo
de guerras y de azares belicosos.
Comprenderéis que ahora yo no pueda
abogar por mi causa ; mas si atentos
me queréis escuchar, sin artificio
la historia os contaré de mis amores
y a la par os diré de qué conjuros
sortilegios y hechizos me he valido
(ya que de tales artes se me acusa)
para alcanzar el corazón que ansiaba.

BRABANCIO Mas yo insisto en afirmar que este hom-
[bre

se ha valido de filtros diabólicos
para alcanzar mi hija.

EL DUX No se prueba
un hecho semejante sosteniéndolo.
Testimonios más ciertos hacen falta.

SENADOR I (A Oteló.)

Hablad vos : ¿ Por la fuerza, arteramente,
lograsteis el afecto de su hija
o con amantes súplicas y el trato
mutuo de vuestras almas ?

OTELO

Os ruego, antes,
que alguno se dirija a la posada
del Sagitario, por la dama ; que hable
ante su padre y si culpable entonces
me halláis, desposeedme de mi cargo,
pierda vuestra confianza y si es preciso
tomad, para pagar, la vida mía.

EL DUX

Que traigan a Desdémona

(Vanse varios oficiales.)

OTELO

Con ellos

id vos, alférez, ya que sabéis dónde
se halla. En tanto llega, cual mi culpa
veraz confieso al cielo, he de deciros
cómo alcancé su amor y cómo ella
se hizo dueña de mí.

EL DUX

Hablad, Oteló.

OTELO

Su padre bien me quiso y con frecuencia
me invitaba a su casa y me pedía,
que accediera a contar día por día
todos mis hechos. Mi guerrera ciencia,
los combates, los sitios, los peligros,
que he corrido en la tierra y en el mar
de las brechas el rudo batallar,
la esclavitud, entre los enemigos,
cómo me rescataron mis amigos,
de viajes remotos el azar,
de lóbregas cavernas clamorosas,
del monte altivo que hasta el cielo sube
y cuya frente oculta blanca nube,
del desierto las noches pavorosas.
Del caníbal terrible que devora
a su hermano... yo tuve que narrar
los festines. También tuve que hablar
de mi triste niñez hora tras hora...
Tales fueron los actos de que ahora,
ante vosotros puédenme acusar.
Desdémona me oía atentamente
y cuando su quehacer la reclamaba
al punto lo cumplía y retornaba
a escuchar mi relato ávidamente.
Yo lo noté y aprovechando un día
en que propicia la ocasión me fué,

accediendo a sus súplicas, narré
por completo mi larga romería
que por partes, acaso, ya sabía
y el llanto en sus mejillas contemplé.
De mi niñez al relatar la historia
lloró al oír un lance desgraciado,
con mil suspiros fui recompensado,
y fueron hasta allí mi mayor gloria.
Es muy raro, muy raro, lo narrado
y muy triste, muy triste, murmuró,
añadiendo : ¿ Por qué no me crió
hombre cual vos el cielo, aunque llagado,
mi corazón ahora habéis dejado
con tal relato? Y luego prosiguió :
Si tenéis un amigo que me ame
y de mi amor desee tener prenda,
preciso es que vuestra historia aprenda.
De otra suerte, a mi pecho nunca llame.
Entonces hablé yo. Ya no podía
mi pasión por más tiempo dominar.
Por mis desdichas vínome ella a amar,
yo porque vi cómo las condolía ;
esta ha sido mi sola hechicería,
Ella misma, lo puede atestiguar.

ESCENA III

Dichos, DESDÉMONA, YAGO y los oficiales

EL DUX Buen Brabancio, un relato como este
a mi hija también cautivaría ;
arreglad el asunto buenamente
y pensad que más vale rota espada
tener, antes que hallarse desarmado.

BRABANCIO Oídla ; os lo suplico. Si confiesa
que al amor de este hombre corresponde,
maldito sea yo si la dirijo
un reproche.

(A Desdémona.)

Llega, hija mía, y dinos :
de todos los que aquí se hallan presentes

¿a quién debes respeto en primer térmi-
[no?

DESDÉM. ¡ Oh noble padre ! Se hallan divididos mis deberes ahora. A vos, os debo vida y educación y ambas me ordenan que por mi dueño os tenga. Vuestra hija yo soy ; mas ved mi esposo y recordaos que mi madre por vos abandonaba a su padre y así también yo debo mostrar mi sumisión al dueño mío.

BRABANCIO ¡ Dios te proteja ! He terminado.

(Al dux.) Alteza,
podemos ocuparnos del Estado.

Mas vale adoptar hijos a tenerlos. Aproximáos, Moro ; yo os la entrego con el alma por más que ésta quisiera rescatarla, si ya no fuera vuestra.

EL DUX Dejadme hablar a mí. El lamentarse de un mal que ya pasó, es aumentarlo.

BRABANCIO (Irónico.)

Así pues, gane a Chipre el otomano, que no lo perderemos si nos queda para reir espacio. Más os ruego que hablemos de los públicos negocios.

EL DUX El Turco, con armada formidable, se dirige hacia Chipre. Vos, Otelo, conocéis los recursos de la plaza y aunque en ella tenemos otro jefe de probada pericia, a vos os nombra la pública opinión, guía suprema de toda causa, como el jefe único que ha de salvar la isla. Por lo tanto ha de satisfaceros que ahora empañe vuestro reciente triunfo, nueva empresa llena de sinsabores y peligros.

OTELO La costumbre despótica, señores, me hace hallar en el lecho de campaña, áspero y duro, la molicie suave de colchones de pluma. Es mi deleite la lucha y de esta guerra yo me encargo. Mas al cumplir vuestra orden, os suplico humildemente que sobre mi esposa

veléis, y concedáis lo necesario
que corresponda a su elevada estirpe.

EL DUX La casa de su padre si os parece...

BRABANCIO No la acepto.

OTELLO Ni yo.

DESDÉM. Ni yo tampoco.

Mi presencia, a mi padre, puede acaso
parecer importuna. Así, os suplico
señor, que deis oídos a mis ruegos.
Para seguir su suerte amé yo al Moro,
que ya bien claramente lo demuestra
mi voluntad y mi tenaz desprecio
del porvenir. Yo consagré mi alma
a su gloria y a su valor, y os pido
que si parte ahora Otello, no me priven
de seguirle, que en caso tal, sobran
todas las causas de mi amor.

OTELLO Alteza,
os suplico que la dejéis que obre
según su voluntad.

EL DUX Como os parezca.

SENADOR I Partiréis esta noche.

OTELLO Con el alma.

EL DUX Dejad un oficial que nuestras órdenes
pueda llevaros, como lo adecuado
a vuestro rango y posición.

OTELLO Mi alférez,
tan noble como honrado, a quien encargo
que conduzca mi esposa.

EL DUX (Levantándose.) Yo os saludo.
en tal caso, señores.

SENADOR I (Levantándose también como los otros.)
Adiós, Moro ;
tratad bien a Desdémona.

BRABANCIO (A Otello.) Cuidado
con ella, que la que engañó a su padre
puede un día engañar a su marido.

(Vanse el dux, Brabancio, los senadores y el séquito.)

OTELLO ¡ Mi vida por su fe ! Ven, oh, Desdémona,
que para hablar de amores, una hora
sólo nos dan y raudo el tiempo vuela.

(Vause los dos abrazados, quedando sólo en la escena Yago.)

YAGO

(Después de una pausa en que los ha estado observando hasta que han desaparecido.)

Odio al Moro. Murmuran que mi sitio ocupó entre las sábanas : no quiero averiguarlo, basta la sospecha.

Me distingue y me honra, cosa fácil es así dominarlo. Es franco Oteló y sin malicia ; cree que los hombres son honrados, no más si lo parecen. Se dejará llevar por el cabestro como un jumento.

(Con alegría.)

Hallé lo que buscaba.

¡ Surja este monstruo, aborto del infierno y se inunde en la clara luz del día !

TELÓN

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

El puerto de la isla de Chipre. A la derecha, el palacio de Otelo, gobernador de la isla. A la izquierda, una taberna.

ESCENA PRIMERA

MONTANO y OFICIALES; después CASIO

OFICIAL 1 No se recuerda en Chipre una tormenta como la de esta tarde. Embravecidas las olas se elevaban hasta el cielo bramando como fieras enceladas.

MONTANO Habrá tragado el mar la flota turca si asilo hallar no pudo en una rada. Ni una vela distínguese a lo lejos.

OFICIAL 3 (Apareciendo.)
¡Nuevas, señores, de la guerra! El turco renuncia a sus propósitos. Maltrechas sus naves han huido dispersadas.

MONTANO ¿Quién la noticia os dió?

OFICIAL 3 A nuestro puerto ha llegado una nave veneciana que presencié el desastre. Vino en ella Casio, el teniente del bizarro Otelo nombrado a gobernar la isla de Chipre.

MONTANO Justo es el nombramiento. Al noble Otelo he servido y es bravo, bueno y justo.

CASIO (Apareciendo.)
Gracias a los valientes que así ensalzan al general Otelo, que muy pronto

- quiera el cielo se encuentre entre nosotros.
- OFICIAL 2 ¿Qué ruido es ese?
- OFICIAL 3 (Entrando.) ¿No sabéis la nueva?
El gentío hacia el puerto se dirige
que un nuevo buque de llegar acaba.
- CASIO El de Otelo será. (Salva de artillería.)
(A Montano.) Corred amigos
y averigüad si es él quien ha llegado.
(Salen dos oficiales.)
- MONTANO Decidme, ¿está casado el noble Otelo?
- CASIO Sí, ciertamente, y es la más divina
mujer que vi jamás su dulce esposa.
- OFICIAL 1 (Apareciendo.)
Llegó el gobernador. Yago, su alférez
desembarcó primero conduciendo
a la bella Desdémona...
- CASIO (A Montano.) La esposa
de nuestro general.
- OFICIAL 3 Aquí se acercan.

ESCENA II

Dichos, DESDÉMONA, YAGO, EMILIA, RODRIGO y criados

- CASIO Bienvenida seáis, noble señora,
y que el cielo os conceda tantas dichas
como vos merecéis.
- DESDÉM. Gracias, oh Casio.
- CASIO Salud, alférez Yago.
¿Y vos, señora?
(A Emilia, abrazándola.)
- YAGO Perdonad que así abrace a vuestra esposa
No me duele, al contrario, y aseguro
que si a vos prodigara los abrazos
como a mí los discursos enojosos
compasión y no envidia a fe os tuviera.
- DESDÉM. ¡Oh qué calumniador! ¡Si apenas habla!
- YAGO Con vos señora, pero no conmigo.
- EMILIA Me injuriáis sin razón, injustamente.
- YAGO ¿Cuándo fué injuria la verdad, señora?
Sois como en general son las mujeres,
hermosas en la calle y a distancia,
en un salón alegres cascabeles,
en el hogar, al lado del esposo,
como gatos salvajes peligrosas,

ángeles si injuriáis y endemoniadas
si no os dan la razón... Vuélvame turco
si hay exageración en lo que digo.

DESDÉM. Sois terrible, señor... Líbreme el cielo
de encargaros mi elogio...

YAGO Tal encargo
cumpliría muy mal... Soy torpe en ello,
pues criticar tan sólo sé.

DESDÉM. Probemos ;
vuestro ingenio ha de hallar una alabanza
y la quiero escuchar de vuestros labios.

Vuestra opinión decid de las mujeres.

YAGO Un momento, señora. En ello pienso,
por más que cueste pergeñarlo. Oídmе :

Tiene lo que le hace falta
si es mujer bella y discreta :
para el goce, entendimiento ;
para el placer, su belleza.

DESDÉM. ¡ Digno elogio ! ¿ Y si es fea y juiciosa ?

YAGO No ha de faltarle la maña
si es aguda, aunque sea negra,
que basta para los hombres
hallar discreción en ella.

DESDÉM. Eso es peor. ¿ Y si es hermosa y tonta ?

YAGO Si es hermosa, considero
que ya no puede ser necia ;
y si lo es, ha de valerle
para tener descendencia.

DESDÉM. ¿ Y si además de tonta no es hermosa ?

YAGO No sé decir de ninguna
por fea y tonta que sea,
que no tenga tantas mañas
como una hermosa discreta.

DESDÉM. ¡ Funesto error ! A la que no merece
vuestros elogios, prodigáis loores.
¿ Qué diríais de aquella que reúne
todas las cualidades más excelsas
y a la que hasta sus mismos detractores,
no mencionan si no es para alabarla ?

YAGO Aquella que siendo hermosa
siempre fué aguda y discreta,

que pudiendo hablar se calla
y no ostenta su riqueza.
Aquella que a sus antojos
sabe poner continencia,
la que detiene sus odios
y perdona las ofensas,
que hace caudal de seguros
y el bien incierto desprecia,
la que a callar se decide
y se guarda lo que piensa,
la que nunca vuelve el rostro
al halago que la asedia...
Si tal mujer se encontrara...

DESDÉM. Decidme : ¿de qué os sirviera?

YAGO O de nodriza de idiotas
o de moza de taberna.

DESDÉM. Más no quiero escucharos ; sois injusto
con la mujer. No le hagáis caso, Emilia.
Mal consejero sois ¿no es verdad, Casio?

CASIO Ciertamente, señora. Siempre Yago
fué excelente soldado y mal poeta.

(Dirígense hacia el fondo. Casio ofrece la mano a Desdémona, acompañándola.)

YAGO Desdichado galán. Tu cortesía
le sirve a maravilla a mis intentos.
Besas sus manos que tus galanteos
las redes han de ser para envolverte.

(Suena el clarín.)

Se acerca el Moro ya...

Suenan clarines.

DESDÉM. Es Otelo, mi esposo.

CASIO Ved, ya llega.

ESCENA II

Dichos, OTELO y su séquito

OTELO ¡ Oh, mi bella Desdémona !

DESDÉM. ¡ Mi Otelo !

OTELO ¡ Cuánta dicha al hallarnos nuevamente !
Bendita la tormenta si tras ella

eres tú, dulce imagen de bonanza,
mensajero de calma y de ventura.
Soy feliz, tan feliz que si hoy muriera
la muerte para mí el cielo sería.

DESDÉM. ¿Por qué hablas de morir, esposo mío
cuando el amor nos junta y nos sonríe?

OTELÓ Mi adorada Desdémona, los cielos
al escucharte nuestro amor bendigan.
Un beso, amada mía. Juntos siempre
han de latir de amor los corazones.

(Abrazándola.)

YAGO ¡Qué concierto ejemplar de enamorados!
Por mi fe de hombre honrado yo te juro
que aflojaré las cuerdas que producen
esa bella y dulcísima armonía.)

OTELÓ Ven, Desdémona. Vamos al palacio.
Amigos míos terminó la guerra;
la flota turca pereció en la empresa
y sus naves huyeron dispersadas...
Serás feliz, esposa mía, en Chipre.

(Salen Oteló, Desdémona y el séquito.)

ESCENA IV

Dichos y RODRIGO

YAGO (A Rodrigo.)
Acércate, Rodrigo; pronto a prueba
te he de poner si eres valiente. Escucha.
Esta noche el teniente está de guardia
tú velarás también, que te interesa,
pues temo en gran manera que Desdémona
se enamoró de Casio... [na

RODRIGO ¡Es imposible!

YAGO Imposible ¿por qué? ¿acaso ignoras
con cuánto ardor se enamoró del Moro
oyendo sus fantásticas patrañas?
¿Y crees, infeliz, que eternamente
ella estará pendiente de sus labios
sin apartar los ojos de ese monstruo
y sin buscar recreo a sus miradas?

Templó su sangre del amor el goce,
mas inflamóse pronto nuevamente
al darse cuenta de su torpe engaño
detestando al que amó. Naturaleza
es veleidosa en la mujer y Otelo
se vé ya abandonado. Casio apuesto,
sutil, amable, diestro, afortunado,
ha de ver satisfechos sus deseos.
Se fijó esa mujer en su apostura,
escuchó sus palabras amorosas
y es ladino el mancebo y peligroso...
y esquivo no se muestra a la fortuna.

RODRIGO Es Desdémona bella, mas virtuosa ;
no es posible que a Casio corresponda.

YAGO ¿Virtuosa? ¡ Quimera ! ¡ Como todas !
Es de uvas el vino que ella bebe.
¿De Otelo no mostróse apasionada
su virtud celestial? ¿No contemplaste
con qué placer sus manos temblorosas
las de Casio estrechaban?

RODRIGO Cortesía
parecióme no más.

YAGO Pues yo te juro,
incrédulo Rodrigo, que el prefacio
de la historia será de sus amores.
He visto que sus labios se acercaban
confundiendo el aliento, que en sus ojos
brillaba la pasión y que sus manos
se estrechaban temblando dulcemente
Deja que te dirija ; mis consejos
sigue sin vacilar. Vela esta noche.
Casio no te conoce. Algún pretexto
busca para irritarle ; nada temas
que yo no estaré lejos.

RODRIGO Sí, mas Casio...

YAGO Es violento y colérico. Le insultas
y de mi cuenta corre que el tumulto
alarme a la ciudad. El Moño entonces
al saber lo ocurrido por mí mismo
decretará la pérdida de Casio.
Libre del importuno, te aseguro
que nada se opondrá ya a tus designios

y con su ausencia te hallarás bien pronto
más cerca del amor por que suspiras.

RODRIGO Así lo haré, si la ocasión me ampara.
YAGO Separémonos ya, que alguien se acerca.

(Vase Rodrigo.)

Ama Casio a Desdémona, no hay duda,
y por ella es quizás correspondido.
Del noble corazón del bravo Otelo
todo amor y ternura por su esposa
la paz he de turbar y al mismo tiempo
al saciar mi rencor y mi venganza
lograré su confianza y sus favores.

ESCENA IV

Dicho y un HERALDO, seguido de caballeros y gentes de armas.
Luego CASIO.

HERALDO (Leyendo una proclama.)
«Es voluntad del general Otelo,
que el triunfo alcanzado contra el turco,
se celebre con bailes y con fiestas,
permitiendo que abiertos esta noche
estén los sitios públicos y gocen
de entera libertad todas las gentes,
festejando también hoy su himeneo.
Proteja el cielo a nuestra heroica villa
y a nuestro digno general Otelo.»

(Vase el heraldo.)

YAGO (Se ha retirado junto a la puerta de la taberna con
Montano y otros. A Casio, que aparece.)

Bienvenido, teniente. Permitidme
apurar una jarra de este vino,
brindando a la salud del bravo Otelo
y de su esposa la sin par Desdémona.

CASIO Gracias, alférez Yago... Mas muy débil
siempre fué mi cabeza para el vino.

YAGO Nada temáis ; el mío es excelente
y a la gloria de Otelo brindaremos ;
negaros no podéis.

CASIO Consiento en ello,

mas bebí hace poco y trastornado
me encuentro ya.

MONTANO Sentaos, mi teniente.

YAGO (Escancia el vino a Casio. Brindando.)

Por la bella Desdémona, de Otelo
la enamorada y la feliz esposa.

CASIO Por ella, que es la dama más perfecta.

YAGO Por sus ojos, que abrasan como el fuego ;
por su voz, que despierta los amores.

CASIO Son sus ojos de fuego ; pero en ellos,
más que amor, resplandece la modestia.

YAGO Brindemos por Otelo, y quiera el cielo
que en brazos de su esposa, la ventura
en su casa se hospede eternamente.

(Brindan todos.)

Otra jarra, teniente...

CASIO Gracias, Yago.

YAGO Un cuartillo no más... Oíd la copla.

Choquemos nuestros vasos,
brindemos a compás ;
la vida del soldado
fugaz ha de pasar.
La muerte nos accecha,
cercana está quizás ;
¡ el vino nos aliente
si pronto ha de llegar !...

CASIO Me place la canción.

MONTANO A fe que es linda.

YAGO La aprendí en Inglaterra, que es el pueblo
donde se bebe más... Son los tudescos,
flamencos y holandeses, gente parca,
comparados con él...

MONTANO ; Bendito pueblo !

CASIO (Bebiendo.)

¡ A la salud del general, señores !...

YAGO ¡ Con mil amores !... ¡ Oh, brava Inglate-
(Recitando.) rra !

Era un príncipe, Esteban, bravo y noble,
por sus calzas al sastre dió un doblón
y convencido de pagar el doble,
a grandes gritos le llamó ladrón.
Fué el mozo Esteban un galán famoso,

y tú a su lado un necio sin valer ;
la soberbia derriba a un poderoso,
más nunca al hombre fuerte en el beber.
Más que la otra esta canción me gusta.

CASIO

YAGO

¿Queréis que la repita?

CASIO

No ; pues creo
indigno de sí mismo a quien tal hace.

(Casio demuestra en su hablar desordenado, los efectos
del vino.)

Dios sobre todo ; bien está. Hay almas
que alcanzarán la salvación eterna,
y otras que no es posible que la logren.
Tenéis razón, amigo.

YAGO

CASIO

Por mi parte
no falto al general ni a ningún hombre
de valía, y así, espero salvarme.

YAGO

CASIO

Yo también, mi teniente.

Sí, lo creo.

Mas con permiso, que no ha de ser antes
que yo, ya que el teniente ha precedido
siempre al alférez. Bah, dejemos esto
y a nuestra obligación. Eh, caballeros,
no vayáis a creer que yo estoy ebrio.
Este mi alférez es ; esta es mi mano
derecha, esta mi izquierda. No, beodo
no estoy, me aguanto firme y claramente
me explico.

TODOS

CASIO

Sí, muy bien.

En este caso,

todo va como debe.

(Marchándose.)

Caballeros,

no os creáis, no os creáis que estoy borra-
(Vase.)

[cho.

MONTANO

YAGO

Vamos a la explanada a dar la guardia.

¿Veis ese mozo que se aleja? César
una legión le hubiera confiado,
más le domina el vicio, y maravilla
es que éste se equilibre con sus dones,
de igual manera que en el equinoccio
la duración del día y de la noche.

Es un pesar, pues sin querer, podría
turbar la paz de Chipre en ese estado,

ya que Otelo entera su confianza
ha puesto en él.

MONTANO Bebe muy a menudo.

YAGO La bebida es preludio de su sueño,
pues vería la aguja del cuadrante.
girar dos veces, si su lecho acaso
no se meciera en rojo mar de vino.

MONTANO El general debiera no ignorarlo,
¿o es que aprecia de Casio las virtudes,
y a sus faltas los ojos cierra?

YAGO (A Rodrigo, que se le acerca.) (Dime,
¿qué sucede, Rodrigo? Anda, sigue
al teniente.) (Vase Rodrigo.)

MONTANO Es lástima que Otelo
confíe a un hombre, al que domina un vi-
tan incurable, plaza cual la suya. [cio
Es preciso que llegue a los oídos
del Moro, la verdad.

YAGO Yo, por mi parte,
me guardaré de hacerlo. Aprecio a Casio
y para corregirle, un sacrificio
hiciera de buen grado... Mas decidme,
esos gritos, ¿qué son?

VOCES (Dentro.) ¡ Favor ! ¡ Socorro !

ESCENA V

CASIO, persiguiendo a RODRIGO.

CASIO ¡ Infame ! ¡ Miserable !

MONTANO Mi teniente ;
¿ qué ha sucedido ?

CASIO ¡ Que ese vil canalla,
de mi deber lecciones quiere darme !...
He de quebrar los huesos al bergante.

RODRIGO ¿ Pegarme a mí ?

CASIO ¿ Aún a chistar te atreves ?

MONTANO (Deteniéndole.)

Deteneos, teniente, yo os lo ruego.

CASIO Dejadme estar, si no queréis que os llegue
a vos la vez también.

MONTANO

Estáis beodo.

CASIO ¿Beodo yo? (Riñen.)

YAGO (A Rodrigo.) (Véte; toca a rebato.)

(Rodrigo se va.)

Teniente, caballero, deteneos.

¡Por favor! Vos, señor... Oíd, Montano.

¡Buena la guardia está! (Suenan las campanas.)

Pero, ¿quién toca la campana? Ved que vendrá la gente.

¡Por el cielo os lo ruego! ¡Calma, Casio, o quedaréis sin honra para siempre!

ESCENA VI

Dichos y OTELO, que aparece por la puerta del castillo, con su acompañamiento.

OTELO ¿Qué es lo que pasa aquí?

MONTANO ¡Mi sangre corre!
¡De muerte estoy herido!

OTELO Basta, he dicho.

YAGO ¡Teneos! Vos, teniente y vos, Montano, ¿olvidáis el lugar, vuestros deberes?

¡Qué ignominia! El general os habla.

OTELO ¿Cuál es la causa que os movió a la lucha?

¿Somos acaso turcos? ¿Nos tratamos como Dios a ellos mismos les prohíbe?

Por Cristo, suspended vuestras querellas.

El que adelante un paso, por su vida tiemble, ya que le mato si se mueve.

Haced que cese el son de esa campana

que difunde el espanto por la isla,

y decidme qué pasa. Honrado Yago,

tú que pareces de mortal tristeza

afligido, por tu amistad, te ruego

que los motivos digas de la lucha.

YAGO Ah, lo ignoro. Se hallaban como amigos hace un momento, y repentinamente, como bajo el influjo de una adversa estrella, blanden ciegos los aceros.

No comprendo el motivo de una riña así.

OTELLO (A Casio.) ¿Cómo pudisteis olvidaros de vos, oh, Casio?

CASIO (Avergonzado.) Perdonad, no puedo hablar.

OTELLO ¿Y vos, Montano, cuyo porte digno, a pesar de vuestros cortos años el mundo celebraba? ¿Vos, que siempre fuisteis ejemplo de los buenos? Pronto, decid ¿qué es lo que os lanza a despojaros de tal reputación, logrando, en cambio, nombre de camorrista callejero? Hablad.

MONTANO Estoy herido. Del suceso Yago os dará noticia. El sufrimiento me corta las palabras. Ni mis hechos ni lo que dije pueden acusarme, a no ser que punible el defenderse halléis.

OTELLO ¡Viven los cielos! Ya mi sangre ahuyenta sus mejores consejeros y la pasión pretende ser mi guía. Si contenerme ahora yo no logro y la mano levanto, de mis iras el peso sentiréis. Es necesario averiguar la causa del tumulto, por quién fué provocado y el culpable aunque fuese mi hermano, de mi afecto he de privarle. Ni que acaso el juicio perdiera todo el mundo por el miedo, en el recinto de una fortaleza sería disculpable armar quimera. Narra lo sucedido, Yago.

MONTANO (A Yago.) Oídme : si porque sois su amigo y compañero faltáis a la verdad, un buen soldado no sois.

YAGO Dejadme en paz. Preferiría, antes que causar mal a Casio, verme con la lengua arrancada ; mas presumo que al decir la verdad no he dañarle.

Escuchad, general : Aquí me hallaba hablando con Montano, cuando llega uno, pidiendo auxilio, perseguido por el teniente. El buen Montano entonces quiere calmar a Casio, yo me lanzo en seguimiento del que dió las voces, temiendo que sus gritos despertaran a las gentes, mas rápido se escurre y me desaparece. Torno aprisa, ya que oía el chocar de los aceros, y cuando llego, veo enfurecidos a Montano y a Casio acometiéndose, como vos los hallasteis... Nada puedo añadir a lo dicho. Son los hombres mortales, y por ello a errar propicios. Sin duda del que huía, grave ofensa hirió al teniente y soportar no pudo el ultraje.

OTELO

Conozco tu nobleza,
honrado Yago, y paliar pretendes
lo sucedido. (Dirigiéndose a Casio.)
Casio, aunque os aprecio,
de mi servicio debo separaros.
Lo sucedido servirá de ejemplo
y escarmiento. (Aparecen Desdémona y Emilia.)

DESDÉM.

OTELO

¿Qué pasa?

Nada, nada.

(A Montano.)

Vuestras heridas curaré yo mismo.
Tú, la ciudad entera ronda, Yago
y tranquiliza el ánimo de todos.
No me place que asuntos como este
turben tu dulce paz, esposa mía,
aunque ellos son achaques de mi vida.

(Montano, Oteló y servidumbre, vanse. Sólo permanecen en escena, Casio, abatido profundamente, Yago, que se le acerca, Desdémona y Emilia.)

ESCENA VII

CASIO, YAGO, DESDÉMONA y EMILIA.

- YAGO (A Casio.)
Teniente, ¿estáis herido?
- CASIO Sí, de muerte.
- YAGO ¡ No lo permita Dios !
- CASIO (Desesperado.) ¡ Mi honor ! ¡ Mi nombre !
¡ Mi fama !... Todo, todo lo he perdido,
y sólo me ha quedado vil escoria.
¡ Mi honor, Yago, mi honor !...
- YAGO ¡ Bah !... Convencido
estaba yo de que os habían causado
una herida en el cuerpo. Con frecuencia
la fama, honor y nombre, son sutiles
añagazas a veces obtenidas
sin merecerlas. ¡ Vamos ! Medios sobran
para alcanzar del general la gracia.
- CASIO Si me acerco a pedirle que de nuevo
me reponga en mi cargo, ha de decirme
que un beodo yo soy. ¡ Maldito vino !...
- DESDÉM. (Acercándose a él.)
No os apenéis, buen Casio. Yo os prometo
interceder por vos con mi marido.
(Yago entra en el castillo.)
- EMILIA Os lo ruego, señora. Este suceso,
como si fuera una desdicha propia
ha entristecido a Yago.
- DESDÉM. Os lo aseguro
Casio. Yo he de lograr que vos y Oteló
tornéis a ser amigos como siempre.
- CASIO Noble señora. Pase lo que pase
siempre vuestro seré. Más mis temores
me inducen a creer que reemplazado
y ausente, mis afectos y servicios
olvide el general. (Yago aparece en la ventana.)
- DESDÉM. No temáis nada ;
yo os afirmo que alcanzaréis de nuevo
el grado que perdisteis ; siempre cumplo
aquello que prometo. De mi Oteló

turbaré yo 'el reposo ; ni un instante
le dejaré tranquilo, importunándole.
Su lecho será púlpito, su mesa
confesionario ; siempre a todo cuanto
intente yo opondré el nombre de Casio.

(Aparece Otelo en la ventana.)

Y alegraos por fin, pues ya tan sólo
la protección que ahora yo os ofrezco,
puede haceros perder la dura muerte...

CASIO

(Retirándose, después de besarle la mano.)

¡ Dios os guarde, señora, Dios os guarde !

(Desdémona y Emilia entran en el castillo.)

TELÓN

FIN DEL ACTO SEGUNDO

sus excusas has de aceptar ; te ama sinceramente, y si obró mal es fruto de imprevisión más que de mala índole. No sé juzgar la faz del hombre honrado, mas perdónalo.

OTELO Dime, ahora mismo,
¿no te dejó?

DESDÉM. ¡ Oh ! sí y tan abatido,
que su dolor me llena de tristeza.
Debieras reponerlo, amado Oteló.

OTELO Hoy no, más adelante, esposa mía.

DESDÉM. ¿Será pronto?

OTELO Sí, sí.

DESDÉM. ¿Cuándo cenemos?

OTELO Aun no.

DESDÉM. Así, mañana, al mediodía.

OTELO No comeré contigo, que a esa hora,
junta en la ciudadela hay de oficiales.

DESDÉM. Pues mañana a la noche a bien el martes
temprano, al mediodía o por la noche,
o cuanto más él miércoles ; mas antes
de que trascurren los tres días. Fija
tú mismo el plazo ; puedo asegurarte
que se halla arrepentido y no es su falta
tan grave que no pueda perdonarse.
¿Lo harás presto? Responde. No concibo,
que algo puedas pedirme y al instante
no te conceda sin dudar. Recuerda
que te prestó su apoyo en tus amores,
que si yo por azar te censuraba
salía en tu defensa. ¡ Que me cueste
tantos ruegos lograr su perdón !...

OTELO Basta.
Que torne cuando quiera ; yo no puedo
negarte nada, nada.

DESDÉM. ¡ Me lo dices
de tal manera ! Si algún día quiero
una gracia para poner a prueba
tu amor, he de pedirte que sea
tan llena de peligros y de obstáculos
que sin temor no puedas otorgármela

OTELO Nada puedo negarte ; mas te ruego

que un instante me dejes.
 DESDÉM. Dueño mío,
 adiós.
 OTELO Adiós, Desdémona. Un momento
 no más.
 DESDÉM. Vamos, Emilia. Como quieras ;
 es mi deber tan sólo obedecerte.
 (Vanse Desdémona y Emilia.)

ESCENA III

OTELO y YAGO

OTELO ¡ Oh mujer celestial ! Que no me alcance
 la eterna salvación si no te amo.
 Retorne al caos si dejo de adorarte.
 (Una pausa.)
 YAGO Noble señor...
 OTELO Dime, ¿ qué quieres, Yago ?
 YAGO ¿ Cuando vos pretendíais a mi dueña,
 vuestra pasión sabía Miguel Casio ?
 OTELO Nada ignoraba. Mas ¿ por qué lo dices ?
 YAGO Para satisfacer a mi conciencia.
 OTELO ¿ A tu conciencia, Yago ?
 YAGO No sabía
 que ya se conocieran.
 OTELO Con frecuencia
 fué nuestro mediador.
 YAGO ¿ De veras ?...
 OTELO Ciertamente,
 sí, sí ; de veras. Dime ¿ qué hay en ello ?
 ¿ No es un mancebo honrado ?
 YAGO ¿ Honrado ?...
 OTELO (Afirmando.) ¡ Honrado !
 Lo es ciertamente.
 YAGO No... yo no lo dudo.
 OTELO Dime, ¿ qué piensas de él ?
 YAGO ¡ Oh !... pienso, pienso...
 OTELO (Frenético.)
 Pienso... pienso... ¡ Por Dios ! Parece mi
 eco.

Como si se escondiera en su cerebro,
un monstruo que no puede a luz mostrar-
[se.

Algo me dejas comprender. No hace
un momento que oí cómo decías :
«¡ Ah, no me gusta esto !» al despedirse
el teniente de mi mujer. Di, pronto,
¿qué es lo que no te gusta? Y cuando dije
que confidente fué de mis amores
«¿ De veras? » exclamaste con el ceño
fruncido, cual si dentro tu cerebro
una imagen horrible comprimieras.
Si me tienes afecto, no me ocultes
nada ; háblame claro, sin rodeos.
Sabéis, señor, que os quiero.

YAGO
OTELO

No lo dudo.

y por lo mismo, viendo que me quiêres,
tus reticencias de temor me llenan.
Entre gente traidora son indicios
usuales ; mas en labios de hombre recto
denotan que su pecho está agitado
por sentimiento oculto que no puede
contener.

YAGO

Yo no dudo y juraría
que Casio es hombre honrado.

OTELO

Así lo creo.

YAGO

Los hombres han de ser lo que parecen,
y si no más valiera que no fueran
hombres.

OTELO

Sí, deben ser lo que aparentan.

YAGO

Por eso estimo a Casio como un noble
de recto proceder.

OTELO

En lo que dices
algo adivino oculto. Háblame claro
y expresa tus ideas más horribles
con las palabras que halles más odiosas.

YAGO

Perdonadme, señor. Ya sé que os debo
lealtad absoluta ; mas que llegue
hasta obligarme a hacer un sacrificio
que no puede imponerse ni a un esclavo,
no lo creo. ¿Decir mis pensamientos?...
¿Suponer que son falsos?...¿ En qué alma

no ha dejado su rastro la impureza?
¿Dónde hallaréis un pecho tan virtuoso,
que tribunal no sea una vez sola
donde luchen astucias y virtudes?

OTELLO Intentando ocultar tus pensamientos,
contra tu amigo Casio, ahora conspiras.

YAGO Pueden ser mis juicios prematuros,
pues tengo el vicio de que siempre pienso
lo peor y mi desconfianza puede
las faltas inventar que no existieron.
Deciros francamente lo que pienso
a vuestra paz quizás no conviniera,
y menos a mi honor ni a mis deberes.
OTELLO ¡ Oh ! ¿ qué quieres decir ?

YAGO Señor, la fama
en la mujer lo mismo que en el hombre
es el mayor tesoro. El que me roba
mi bolsa, sólo adquiere un vil despojo
porque hoy es mía y mañana es de otros.
Mas aquel que me roba mi buen nombre
me quita lo que a él no le enriquece
y a mí me sume en la mayor miseria.

OTELLO ¡ Por Dios, que he de saber tus pensa-
mientos !

YAGO No podríais, señor, aunque tuvieseis
mi corazón guardado en vuestras manos
y menos cuando aún yo soy dueño.
OTELLO ¡ Ah !

YAGO De los celos defendeos, de ese
monstruo de turbios ojos que devora
el alimento que engendró. Dichoso
el engañado que no desconoce
su suerte y vive odiando al miserable
causa de su infortunio. Mas las horas
sólo tormento son para el cuitado
que adorando le roe amarga duda.
OTELLO ¡ Ay de mí !

YAGO Rico es aquel que vive
contento en su miseria, y la opulencia
es un castigo para aquel que teme
tornarse pobre. Dios os guarde ahora
del terrible tormento de los celos.

OTEO

¿Pōr quién hablas así? ¿Acaso crees
que viviría yo muerto de celos
y con nuevas sospechas cada instante?
No ; cuando yo conciba alguna duda
habré tomado decisión suprema.
Fuera entonces pacífico cordero
si mi alma alimentara con quimeras
como esas que trazaste hace un momento.
No tendré celos porque a mí me digan
que mi esposa es hermosa, gasta lujos,
y le complace el trato de las gentes ;
ni porque dance y cante diestramente.
Que cuando la mujer es virtuosa
su perfección adornan esas dotes.
Jamás cobijaré temor ni duda
de su fidelidad, porque me falte
a mí la gallardía, que ojos tiene
y me ha elegido. No, Yago, yo quiero
antes ver que dudar. Deseo sigan
las pruebas de la falta a mis recelos
y cuando esté probado, despojarme
del amor y los celos para siempre.

YAGO

Me place que así sea. Desde ahora
podré sin inquietud manifestaros
todo el afecto y lealtad que os tengo.
No os hablaré de pruebas ; mas oídme :
A vuestra esposa vigilad y a Casio ;
proceded con prudencia. No quisiera
dejarles abusar de vuestro recto
y noble proceder. Conozco a fondo
la manera de obrar de mis paisanos.
En Venecia se deja que contemple
el cielo muchas veces, ciertas cosas
que al esposo se ocultan. La conciencia
más que para evitarlas, de instrumento
sirve para encubrir las.

OTEO

¿ Es posible?

YAGO

A su padre engañó cuando os tomaba
por esposo. Temblaba al contemplaros
con mentido pavor, cuando os amaba
más locamente.

OTEO

Sí, verdad tú dices.

YAGO La que tan joven supo ante los ojos de su padre fingir, de tal manera que él creía en hechizos... Mas ¿qué digo? procedo indignamente y os suplico perdonéis mis afectos excesivos.

OTELLO Eternamente te estaré obligado.

YAGO Veo que mis palabras os conturban.

OTELLO No tal, no tal.

YAGO Me había parecido...

Mas no deis importancia a lo que digo ; tiene sólo el alcance de sospechas...

OTELLO No, no le doy...

YAGO Porque si no, a un extremo que no quiero pensar conduciría.

Casio, señor... Os hallo conmovido...

OTELLO Deja... No obstante creo que Desdémona es honrada.

YAGO Siempre lo sea, y siempre como tal la estiméis.

OTELLO Mas tantas veces el humano pensar es tornadizo...

YAGO Aquí está la cuestión : y francamente rechazar como ha hecho tanto enlace con gente de su patria igual en rango, edad y posición... Todo ello indica perturbación e inclinaciones raras. Mas excusad, que no es precisamente a ella a la que quiero referirme, aunque accediendo a nuevas impresiones caprichosas, cediera su juicio y os comparara a vos con los galanes de su país acaso arrepintiéndose de su elección.

OTELLO (Despidiéndole.) Adiós, Yago ; si sabes alguna cosa avísame y encarga a tu mujer que observe.

YAGO El cielo os guarde.

(Va para salir.)

OTELLO ¿Y por qué la he tomado por esposa? Este hombre sabe más de lo que dice y conoce los móviles humanos.

¿Quizá porque soy negro y mis costum-
[bres

cortesanas no son, o porque acaso
ya que joven no soy me traiciona?
Poco me importa, que si es cierto, debo
para consuelo de mi mal odiarla.
Maldito lazo, si por él podemos
decir que nuestras son estas criaturas
sin ser los dueños de sus apetitos.
Antes prefiero ser reptil inmundó
que ver a otro, señor de mis amores.
De sí se mofa el cielo si ella es falsa,
y no puedo, no puedo yo creerlo.

ESCENA IV

Dicho, DESDÉMONA y EMILIA

DESDÉM. ¡Oteló mío! ¿Qué te pasa? Aguardan
la comida y los nobles insulares
que invitaste.

OTELÓ Si, culpa mía ha sido.

DESDÉM. Que voz tan débil. ¿No estás bueno?

OTELÓ Siento

fuerte dolor, aquí, sobre las sienes.

DESDÉM. Es de velar. Pronto estarás curado.

Te pondré mi pañuelo. En una hora
te pasará.

OTELÓ Es pequeño tu pañuelo.

(Lo aparta, dejándolo caer al suelo.)

No te importe mi mal. Vamos, te sigo.

DESDÉM. Cuánto me desconsuela ver que sufres.

(Se van Oteló y Desdémona.)

ESCENA V

EMILIA. Después YAGO

EMILIA Me complace encontrar este pañuelo,
es el primer recuerdo que Desdémona

recibió de su esposo. Muchas veces mi marido pidióme que lo hurtara. Ella mucho lo quiere ya que Oteló la instó para que siempre lo llevara consigo, para hablarle y darle besos.

(Entra Yago.)

YAGO ¿Qué haces aquí sola?

EMILIA No me riñas.

Tengo una cosa para ti.

YAGO ¡Valiente cosa será!

EMILIA ¿De veras?

YAGO Una esposa sin juicio como esta que poseo.

EMILIA ¿Esto sólo? Di, ¿cuánto me darías por un pañuelo así?

YAGO ¿Por qué pañuelo?

EMILIA ¿Por qué pañuelo?... Por aquel que Oteló de amor en prenda regaló a su esposa, y que tú me pedías que robara.

YAGO ¿Se lo quitaste?

EMILIA No, se le ha caído.

Lo cogí aprovechando su descuido y aquí está.

YAGO ¡Oh, mujer incomparable, dámelo presto!

EMILIA Antes di qué intentas hacer con él, ya que con tanto empeño pretendiste alcanzarlo.

YAGO No te importa.

EMILIA Si no es para un objeto de importancia devuélvemelo al instante. Mi señora, loca se ha de tornar si no lo halla.

YAGO Guárdate que sospeche que tú has sido. Ahora vete.

(Vase Emilia.)

El Moro se transforma con mi veneno. Son una ponzoña terrible las sospechas, irritantes al paladar primero, y como azufre inflamado después dentro la sangre.

ESCENA VI

YAGO y OTELO

OTELO Serme traidora a mí, a mí...

YAGO Ya basta
general ; no debéis pensar en ello.

OTELO Déjame, aparta. Que por ti yo ahora
estoy en el tormento. Juro al cielo
que es mejor el vivir siempre engañado
a sospechar.

YAGO Vamos, señor.

OTELO ¿Qué supe
de su impureza? Ayer tranquilamente
reposaba feliz y no veía
besos de Casio encima de sus labios,
que no es robado el hombre aquel que ig-
[nora
su desdicha.

YAGO Pesar me causa oíros.

OTELO Feliz sería si a la hueste toda
su belleza ofreciera ; si a las turbas,
ignorándolo yo, diese su cuerpo.
Ya todo terminó, mas para siempre.
Adiós, oh dulce paz, tierna alegría ;
adiós el resplandor de las marciales
galas y vastas guerras, que trocadas
en virtudes tornáis las ambiciones.
Adiós relinchador corcel, vibrante
clarín guerrero y atambor sonoro.
Adiós, real bandera, desplegada
al viento ; adiós, cortejo esclarecido
de pompas y esplendores que acompañan
a la gloriosa lid. Adiós, vosotras,
oh máquinas mortíferas en cuyas
roncas gargantas pavoroso clama
el trueno, voz del prepotente Jove.
Para Oteló ya todo ha terminado.
¿ Es posible, señor ?

YAGO Infame, pruebas,
OTELO pruebas de que me engaña, necesito

o por la salvación de mi alma, juro
que mejor te sería haber nacido
can miserable, que arrostrar mis iras.
¿Así os tengo que ver?

YAGO
OTELLO

Haz que lo toque
o pruébalo al instante sin que pueda
albergar una duda, o con la vida
lo pagarás.

YAGO
OTELLO

¡ Señor !...

Si la calumnias
para darme tormento más no reces,
horrores sobre horrores precipita,
arranca llanto al cielo, al Universo
pasma, que no es posible ya que logres
acrecentar tu perdición eterna...

YAGO

¡ Oh cielos, protegedme ! ¿ Sois un hom-
[bre,
tenéis alma y sentidos ? ¡ Dios os guíe !
No olvidaré vuestra lección, ni amigos
tendré jamás, ya que la amistad causa
es de ultrajes como este.

(Va para salir; Oteló le contiene.)

OTELLO

No, detente.

Por fuerza honrado eres.

YAGO

¡ Oh !... discreto
debiera ser.

OTELLO

Tan pronto virtuosa
lo creo como no. Pienso que tú eres
honrado y al momento que me engañas.
¡ Quiero pruebas !... Su nombre que era
[puro

como la luna, ahora ennegrecido
como mi rostro me parece. Pruebas,
pruebas, Dios mío, pronto...

YAGO
OTELLO
YAGO

¿ Deseáis pruebas ?

No las deseo, las exijo.

¿ Y cómo ?

Mas si basta señor a contentaros
presunciones o indicios que conducen
a la verdad, entonces tendréis pruebas
si por tales las aceptáis.

OTELLO

No tardes.

YAGO Prosigo pues : Hallábame acordado
 anoche junto a Casio y no podía
 el sueño conciliar ; dolor horrible
 en el rostro impedíalo. Hay hombres,
 que descubren soñando sus negocios
 y Casio de estos es. Mientras soñaba
 escuché que decía : «Mi Desdémona,
 debemos ser prudentes», añadiendo
 poco después : «Mi dulce amor, maldita
 sea la suerte que te ha hecho esclava
 del Moro».

OTELLO ; Horror ! ; Horror !

YAGO Mas era un sueño.

OTELLO Un sueño que revela un hecho cierto.
La despedazaré.

YAGO No, sed prudente.
Nada hemos visto. Aun puede ser honesta.
Mas decidme : ¿ella no poseía
un pañuelo, que vos le regalasteis,
cuyos bordados figuraban fresas?

OTELLO Yo se lo di. Fué mi primer presente.

YAGO Lo ignoraba, señor. Mas hoy he visto
que Casio se pasaba por el rostro
uno por el estilo y juraría
que es el de vuestra esposa.

OTELLO ; Ah, si lo fuera !

YAGO Si ese fuera u otro,
siempre prueba será para acusarla.

OTELLO Túviera el miserable diez mil vidas
no me bastaran para mi venganza.
Veo que todo es cierto. Escucha, Yago,
así mi amor al aire yo disperso.

(Suspira fuertemente.)

Ya se fue. De tus antros tenebrosos
venganza, ven ; el solio y la corona
que tenías amor dentro mi pecho
cede al odio. Dilátase mi seno
devorado por víboras hambrientas.

YAGO No, reportaos.

OTELO ¡Sangre ! ¡Sangre ! ¡Sangre !

YAGO Sed prudente.

OTELO

¡Jamás, jamás, oh Yago!

(Se arrodilla.)

Así como las olas procelosas
y las frías corrientes del Euxino
sin detenerse avanzan con terrible
ímpetu y en el seno se despeñan
de la Prepóntida y del Helesponto,
así mis pensamientos sanguinarios
en rápida carrera se deslizan
y no refluirán a un vil afecto
hasta alcanzar una venganza inmensa.
Por el cielo inmutable ahora yo juro
la palabra cumplir que he pronunciado.

YAGO

No os levantéis aún. (Se arrodilla.)

Por las eternas
luces del firmamento oíd : Por todos
los elementos que al entornó giran
oíd : Yago consagra aquí su mente,
manos y corazón, al ultrajado
Oteló, su señor. Por sanguinaria
empresa que le ordene, sus mandatos
acatará cumpliendo lo jurado.

OTELO

Acepto tus ofertas con el alma,
y al instante a probar yo voy tu afecto.
Haz que me digan antes de tres días :
«Casio no existe».

YAGO

¿Lo queréis? ¡Pues sea !
Murió mi amigo, mas que viva ella.

OTELO

¿Ella? ¡Jamás ! Maldita sea, maldita.
Ven, sígueme al instante, que deseo
imaginar contigo la manera
de hallar el fin a su infernal belleza.

(Salen.)

ESCENA VII

Aparecen DESDÉMONA y EMILIA. Después CASIO.

DESDÉM. Mas ¿dónde habré perdido yo el pañuelo?

EMILIA Señora, no lo sé.

DESDÉM. Mejor quisiera

haber perdido un bolso lleno de oro.

Fortuna es que mi señor Oteló
sea de alma leal e inaccesible
a los bajos recelos del celoso.

EMILIA
DESDÉM.

¿No lo es?
¡Qué ha de ser! El sol ardiente
de su país, le depuró la sangre
de estas pasiones.

(Entra Casio.)

Bienvenido, Casio.

¿Qué novedad os trae?

CASIO

Lo de siempre,
señora. Y os suplico humildemente
que vuestra intercesión logre que alcance
nuevamente el afecto del que quiero
con el alma.

DESDÉM.

No es propicio el día
para mis peticiones, que mi esposo,
no es hoy mi esposo, y si cambiada viera
su faz como su genio, ni yo misma
le conociera ya. ¡Guárdeme el cielo!
que por vos he rogado lo indecible
y contra mí airado se ha revuelto.
Debéis tener paciencia. Cuanto pueda
haré por vos, y más de lo que osara
hacer para mí misma; estad seguro.
Volveré a hablarle. Retiraos, Casio.
Si le hallo propicio, yo de nuevo
renovaré mi pretensión y mucho
será que no lo alcance.

CASIO

(Retirándose.)

Os doy, señora,
mis más rendidas gracias.

DESDÉM.

(A Emilia.)

Son, sin duda,
los públicos negocios lo que turba
su ánimo. En tal caso, siempre ocurre
que la cólera encienden las más leves
pequeñeces, por más que preocupado
el hombre se halle por una alta empresa.
El cielo quiera que acertéis, señora,
y que le preocupen los asuntos
del Estado y no vanas quimeras
de celos contra vos.

EMILIA

DESDÉM.

Nunca yo he dado

motivo.

EMILIA

No se entiende de razones como estas quien los tiene. Si es celoso, lo es porque es celoso. Que los celos son monstruo horrible que a sí mismo en- y de sí se alimenta. [gendra

DESDÉM.

Dios proteja
el corazón de Otelo de tal monstruo.

EMILIA

¡ Así sea !

ESCENA VIII

Dichas y OTELO, seguido de YAGO.

DESDÉM.

(Adelantándose a su encuentro. Yago y Emilia permanecen en el fondo.)

Señor, dime, ¿te encuentras mejor?

OTELLO

Sí, dulce amiga. ¡Cuánto cuesta fingir!) ¿Y tú?

DESDÉM.

Yo, bien.

OTELLO

¡ Dame la mano !
 ¡ Qué mano tan suave ! (Acariciándosela.)

DESDÉM.

No ha sufrido los rigores del tiempo ni las penas.

OTELLO

Fecundidad indica y generoso corazón. Es ardiente, ardiente y suave. Exige menos libertad; ayunos y rezos; penitencias y piadosos ejercicios, que en ella hay un demonio propenso a sublevarse. Buena mano, mano franca...

DESDÉM.

Lo es, puedes decirlo,
pues ella fué la que te entregó un día
mi corazón.

OTELLO

Es liberal. Un tiempo las manos regalaban corazones. Hoy no se pide tanto, basta sólo con las manos.

DESDÉM.

No entiendo lo que dices.

Cumple lo prometido.

OTELO

Dueña mía,
¿qué es lo que prometí?

DESDÉM.

He dicho a Casio
que venga para hablarte.

OTELO

Me atormentan
fuertes dolores. Dame tu pañuelo.

DESDÉM.

Toma, señor.

OTELO

No, el otro ; aquel que un día
te regalé.

DESDÉM.

¡ Oh, no lo tengo !

OTELO

¡ Cómo !

¡ Desdicha grande ! Piensa que el pañuelo
lo regaló a mi madre una gitana
diestra hechicera, que leer sabía
los pensamientos de los corazones.
Dijo que mientras ella lo guardara,
mi padre viviría encadenado
a su amor. Más si acaso, descuidada,
llegase ella a perderlo o regalarlo,
sería despreciada eternamente
por él, que en busca de pasiones nuevas
se lanzaría. Al morir mi madre
me lo entregó, diciendo, que si el hado
a una mujer me unía, se lo diese.
Tal hice yo. Medita en ello. Guárdalo
como las niñas de tus ojos ; piensa
que si lo regalaras o perdieras
causarías desgracia irreparable.

DESDÉM.

¿ Será posible ?

OTELO

Como yo lo digo.

Su tejido encierra un poder mágico.
Una sibila que contó doscientas
vueltas del sol, tejiólo entre furores
proféticos. La seda, de gusanos
sagrados fué, y un bálsamo, extraído
con arte magistral, de corazones
de vírgenes, sirvió para teñirlo.

DESDÉM.

Lo que dices ¿ es cierto ?

OTELO

Y que no admite

duda. Cuídalo, pues.

DESDÉM.

¡ Pluguiera al cielo

que mis ojos jamás lo hubieran visto !
 OTELO ¿Qué dices?
 DESDÉM. ¿Por qué me hablas de esta suerte?
 OTELO ¿Lo has perdido? Responde. ¿No lo tienes ya en tu poder?
 DESDÉM. ¡El cielo me proteja !
 OTELO ¡Cómo !
 DESDÉM. Perdido no, mas si lo fuera...
 OTELO ¡Ah !
 DESDÉM. No se me ha extraviado. Insisto en ello.
 OTELO Ve a buscarle. Preciso es que lo vea.
 DESDÉM. Pudiera sí, mas no en este momento, que así pretendes eludir mi ruego. Escucha, debes reponer a Casio.
 OTELO ¡El pañuelo !...
 DESDÉM. ¡Por Dios ! ¡ Habla de Casio !
 OTELO ¡El pañuelo !...
 DESDÉM. Un hombre que ha fundado su fortuna en tu afecto ; que a tu lado compartió los peligros...
 OTELO ¡El pañuelo !...
 DESDÉM. Pues es tuya la culpa...
 OTELO (Fuera de sí.) ¡¡ Vete, vete !!
 (Ella sale llorando, apoyándose en Emilia. Pausa. Yago se adelanta.)

ESCENA X

YAGO y OTELO

YAGO ¿Qué decís de ello?
 OTELO Yo, ¿qué digo?
 YAGO Vamos
 es pecado venial. Si yo a mi esposa doy un pañuelo...
 OTELO Sigue.
 YAGO Nada. Es suyo y como tal bien puede regalarlo a quien guste.
 OTELO También su honor es suyo ¿y puede darlo acaso?

YAGO Es una ciencia invisible el honor. Muchas parecen tenerlo y no lo tienen. Mas tornando al pañuelo...

OTELLO Quisiera no acordarme de ello. Me dijiste que se hallaba en las manos de Casio...

YAGO Mas ¿qué importa?

OTELLO ¿Lo hallas justo?

YAGO ¿Qué haríais si os dijese que le he visto ultrajaros ; mejor dicho, que yo le oí decir que así lo hizo? Porque los hombres son tan miserables que no les basta seducir, a veces a las mujeres, con pesados ruegos, y hablan después de haberlas conseguido.

OTELLO ¿Es que ha dicho?...

YAGO Sí ; mas yo os aseguro que ha de negarlo todo.

OTELLO Mas, ¿qué dijo?

YAGO Pues bien, pardiez, que había ya alcan-
[zado...

OTELLO (Lanza un grito y lo sujeta por un brazo.)

YAGO Con ella o de ella... Cómo más os guste.

OTELLO (Fuera de sí.)

¿Con ella o de ella? ¡ Así es como sabemos cuándo nos venden ! ¡ Vil miseria ! ¡ An-
[tes

confiese y que le ahorquen por su hazaña !

¡ O que lo maten antes y declare después ! Tiemblo al pensarlo. ¡ Sus pala-
[bras

no son lo que me agita ! ¡ Son sus ojos, sus labios, sus mejillas !... ¡ Es posible !...

¡ El pañuelo !... Luzbel... ¡ Ah, qué con-
[fiese !

(Cae retorciéndose en horribles convulsiones. Yago lo contempla satisfecho.)

TELÓN

FIN DEL ACTO TERCERO

solo un momento y escuchad oculto desde allí. Cuando ha poco, el sufrimiento os trastornó, y medio loco al suelo caísteis, llegó Casio. Que se fuera le supliqué, diciéndole que torne después, ya que con él me convenía hablar. Lo prometió. Vos ocultaos, y observad sus sonrisas y ademanes desdeñosos, la clínica ironía de su rostro, cuando la historia toda me repita, diciendo cómo y cuándo, se ha visto con Desdémona, las veces, una por una, y dónde ellos de nuevo se han de encontrar. Oíd atentamente y conteneos; contemplad con calma su semblante. Si no, ved que os tendría por un hombre de poco temple.

OTELLO

Yago,

íguales mi paciencia y mi cordura serán a mi venganza.

YAGO

Calma ahora

Retiraos, ya llega...

(Otelo se oculta detrás del tapiz de una puerta. Entra Casio.)

ESCENA II

YAGO, CASIO y OTELO

YAGO

Bienvenido,

teniente. ¿Cómo os va?

CASIO

Mal, ya que el título

que me dais, es mi muerte sin tenerlo.

YAGO

Suplicad a Desdémona

(A media voz.)

Si el caso

dependiese de Blanca, vuestro pleito pronto se fallaría...

CASIO

(Riendo.)

¡Pobrecilla !...

OTELLO

(Ya se ríe.)

YAGO

Jamás he visto una mujer que quiera tanto.

- CASIO Sí, en efecto.
Parece que me quiere.
- OTELLO (Débilmente
lo niega y se sonríe.)
- YAGO Oídmelo, Casio.
- OTELLO (Le ruega que otra vez cuente la historia.
Sigue. Bien dicho, bien.)
- YAGO La voz corría
de que con ella ibais a casaros.
- CASIO (Riendo.) Ja, ja.
- OTELLO (Ahora triunfas, ¿dices, romano?...)
- CASIO ¿Casarme yo con ella? ¡Bah!... Os su-
[plico
que forméis opinión más favorable
de mi juicio y no creáis que enfermo
se halle de tal suerte.
- OTELLO (Los que ganan
deben reír.)
- YAGO La gente así lo afirma.
(Casio se ríe otra vez.)
- CASIO ¿Queréis decir?
- YAGO ¡De veras! (Casio ríe.)
Y tenedme
por amigo traidor si es que ahora miento.
- OTELLO (¿Echaste ya la cuenta de mis días?)
- CASIO Eso lo dice la muchacha. A ello
su vanidad le lanza y su cariño
sin que jamás le hiciese yo promesa
alguna.
- OTELLO (Veo que me hace señas Yago.
Empieza ahora la historia.)
- CASIO A todas partes
me sigue la infeliz. Hace un momento
vino hasta aquí. Hallábase hace días
conversando con unos venecianos
a la orilla del mar cuando de pronto
llega y se me abalanza; echa sus brazos
entorno de mi cuello, así... (Lo hace.)
- OTELLO (Exclamando:
¡Querido Casio!... así sus ademanes
lo demuestran.)
- CASIO Colgada de mis hombros

llora, quiere arrastrarme, se me lleva...

OTELLO (¡Ahora le cuenta cómo ella le invita a mi alcoba!... Veo tu faz odiosa mas no los perros que han de devorarla.)

CASIO Otro remedio no hay que separarme de ella. Me importuna demasiado. Le di un pañuelo que en mi propia estan-

he hallado y me lo torna hace un instante
diciendo : ¿Pretendéis hacer creerme
que por casualidad vos lo encontrasteis?
El don será de una querida vuestra
¿y suplicáis que uno semejante
yo borde? ¡ Devolvédsele a su dueña !

(Ha sacado el pañuelo para mostrarlo a Yago.)

OTELLO (¡Vive Dios! Si parece el mío.)

CASIO me ha invitado a cenar.

YAGO ¿ Iréis?

CASIO Sí, pienso hacerlo.

YAGO Puede ser que vaya a veros
allí. Os he de hablar.

CASIO Pues os espero.

¿Vendréis?

YAGO Sí, andad, andad ; no hablemos de ello.

(Vase Casio, en seguida se adelanta Otelo.)

OTELLO ¿Cómo lo mato, Yago?

YAGO ¿No observasteis
cómo en su crimen se regocijaba?

OTELLO ; Oh, Yago !...

YAGO Y el pañuelo, ¿no lo visteis?

OTELLO ¿Era el mío?

YAGO El vuestro. Yo os lo juro.
Ya sabéis cómo aprecia a vuestra esposa.
Le da el pañuelo y él se lo regala
a su querida.

OTELLO Lo estaría matando
nueve años... Una mujer tan bella,
tan inocente y dulce.

YAGO ¡ Bah ! Es preciso
 olvidar todo eso.

OTELO

Que hedionda
su carne se desprenda ; que perezca
hoy mismo y se condene. No es posible
ya dejarla vivir. Tornóse piedra
mi corazón, y cuando lo golpeo
hiere mi mano. ¡ Oh !... Y en todo el mun-
no se hallaría una mujer más dulce [do
ni que mejor partir pudiera el lecho
con un emperador, leyes dictándole.

YAGO

El mismo vos no sois.

OTELO

Maldita sea.
¡ Sí ! ¡ mil veces, mil veces ! Necesito,
Yago, que me procures un veneno.
No quiero hablar con ella. Sus encantos
quizás trastornarían mis sentidos.
Esta noche será.

YAGO

Yo os aconsejo
que no la envenenéis. Mejor sería
ahogarla sobre el lecho que ha infamado.
Me place tu justicia.

OTELO

YAGO

En cuanto a Casio,
yo me encargo. (Suenan clarines lejanos.)

OTELO

YAGO

¿ Oíste ?
De Venecia
serán noticias. (Vase Oteló.)

ESCENA III

YAGO y RODRIGO

YAGO

RODRIGO

YAGO

RODRIGO

¡ Hola, bienvenido !
No te portas conmigo como debes.
¿ Qué pruebas tienes de ello ?
Me entretienes
a cada instante con proyectos nuevos,
y me apartas de aquello que deseo
sin darme la más mínima esperanza.

YAGO

RODRIGO

YAGO

Demasiado lo hice.
Me acusas sin derecho. Oye : Llegaron
mensajes de Venecia en que se ordena

a Otelo que renuncie su alto cargo
en las manos de Casio.

RODRIGO ¿Qué, no mientes?

Desdémón a y su esposo en este caso
volverán a Venecia...

YAGO ¡ Oh, no ! El entonces
con su mujer se marcha a Mauritania,
a no ser que su estancia se prolongue
aquí por imprevista causa, y nada
puede contribuir a ello como
la desaparición de Casio.

RODRIGO ; Habla !

No te entiendo.

YAGO ¡Vamos!... Dejarlo inútil
para que llegue hasta el lugar de Otelo...
Levantarle la tapa de los sesos.

RODRIGO ¿Y es a mí a quien reservas ese encargo?

YAGO Sí tal, si es que pretendes la venganza y el provecho. Esta noche cena Casio con una cortesana ; me ha invitado. Si tú le esperas cuando de allí salga le podrás sorprender. Yo he de ayudarte y entre los dos caerá. No, no es preciso que te quedes pasmado. Ven conmigo y te demostraré que es necesaria su muerte y por qué debes tú matarlo sin vacilar. Vamos, la noche avanza.

RODRIGO Para ello necesito más razones.

YAGO Te las daré y han de satisfacerte.

(Salen los dos.)

ESCENA IV

Entran OTELO y EMILIA

OTELO — Conque no viste nada?

EMILIA Nada he visto.
ni sospechado nunca.

OTELO Pues yo afirmo
que la has visto con Casio.

EMILIA Nunca en ello

hallé malicia, y cuanto ellos se han dicho he oído.

OTELLO ¿Nunca en secreto hablaron?

EMILIA Nunca.

OTELO ¿Ni te mandaron retirarte?

EMILIA Jamás, señor.

OTELLO ¿Para traer sus guantes,
el abanico o su antifaz acaso?

EMILIA No.

OTELLO Es singular.

EMILIA Creedme, señor mío,
es honrada ; mi alma apostaría.

Si creéis otra cosa, esas ideas

que os perturban, lanzad de vuestra men-

Al miserable que os inspiró dudas, [te.

la maldición de Dios a la serpiente

alcance. Si no fuera fiel y honrada

en el mundo no existe hombre dichoso,

y la mujer más sãnta, es más impura

que la calumnia más abominable.

OTELLO Dile que venga. (Vase Emilia.)

Bien la ha defendido,

que de no hacerlo, no sería buena

tercera... Mas, no obstante, yo la he visto

que suplicaba al cielo, arrodillada.

ESCENA V

Dicho, DESDÉMONA y EMILIA.

DESDÉM. ¿Qué me mandas, señor?

OTELO Llega, amor mío.

DESDÉM. ¿Qué deseas de mí?

OTELO Verte los ojos.

DESDÉM. ¿Qué terrible capricho es este?

OTELLO (A Emilia.) Vete

mujer a tus quehaceres ; deja solos

a los amantes. Cierra bien la puerta

y si alguno se acerca, tose o canta.

(Vase Emilia.)

DESDÉM. De rodillas suplico que me digas
por qué me hablas así. De tus palabras
comprendo yo la ira, y su sentido

no puedo comprender.

OTELO Dime : ¿quién eres?

DESDÉM. Soy tu esposa, señor, tu esposa amante y fiel.

OTELO Júralo pronto y al infierno
condénate después y así no ocurra,
que arrebatarte teman los diablos,
tan parecida viéndote a los ángeles.
Para que doblemente te condenes
jura que eres honrada.

DESDÉM. ¡ Dios lo sabe !

OTELO ¡ Sabe que eres más falsa que el infierno !

DESDÉM. ¡ Falsa, señor !... ¿ A quién ? ¿ Con quién ?
[¿ Y cómo ?

OTELO ¡ Oh, Desdémona ! ¡ Vete, vete ! ¡ Lejos !

DESDÉM. ¡ Hora funesta ; oh, cielos !... Dime, dime,
¿ por qué lloras ? ¿ Acaso soy la causa
de tu llanto ? Aquello que te aflige
a mí también me hiere.

OTELO Si quisiera
probarme el cielo a fuerza de desgracias ;
si sobre mi cabeza mil pesares
y oprobios arrojara ; si me hubiera
sumido en la miseria más terrible ;
si mi cuerpo ligara con cadenas
y cautivas mis dulces esperanzas
yo viése, siempre en mi alma encontraría
algún pequeño resto de consuelo.
¡ El ser objeto vil donde dirige
todas sus flechas el escarnio torpe !...
Aun quizás llegaría a soportarlo.
Mas que yo pueda ver donde concentro
acumulados todos mis afectos
mejores, donde debo por la fuerza
vivir o hallar la muerte, y que la fuente
de donde manan todas mis delicias
agotóse o es una impura charca
donde rebullen los inmundos sapos...
Que llegue este ángel de rosados labios
al que llaman paciencia, que sus ojos
dirija a una visión tan espantosa,
y veremos si no trueca en horrible

- la expresión de su rostro tan hermoso.
- DESDÉM. Confío en que tú siempre me has tenido por pura y virtuosa.
- OTELÓ Como a estos insectos que al estío acuden todos sobre la carne muerta. Vil arbusto de exquisita belleza y cuyo aliento envenena el sentido... dime, dime, ¿por qué naciste?
- DESDÉM. ¡ Oh ! dime, ¿qué crimen he cometido, sin saberlo?
- OTELÓ ¿En este blanco papel, en libro tan hermoso, cómo puede leerse esta palabra : «adúltera»? Mujer, mujer, ¿qué has hecho, que al hablar de tus actos, mis mejillas fraguas se tornan y mis miramientos redúcense a cenizas? ¿Me preguntas qué has hecho? El cielo mismo a tus palabras se empaña, y su rostro avergonzada la Luna oculta, y el lascivo viento que acaricia cuanto a su paso encuentra, se abisma en las entrañas de la Tierra. ¿Y aun osas preguntarme lo que has hecho?
- DESDÉM. Me acusas sin motivo. [cho?
- OTELÓ ¿Es que no eres una vil meretriz?
- DESDÉM. No ; te lo juro por mi fe de cristiana. Si guardarme para mi dueño, libre del contacto de otras manos impuras, es no serlo, no soy lo que tú dices.
- OTELÓ ¿No lo eres?
- DESDÉM. ¡ No ; lo juro por Dios !...
- OTELÓ ¡ Será posible !...
- DESDÉM. ¡ Quiera el cielo apiadarse de nosotros !
- (Suenan trompetas dentro.)
- OTELÓ Siendo así, te suplico me perdones. Te creía la astuta cortesana de Venecia que fué mujer de Oteló.

ESCENA VII

Dichos, LUDOVICO, YAGO y acompañamiento.

LUDOVICO ¡ El cielo os guarde, general !

OTELLO Por siempre.

LUDOVICO Os saludan el dux como el Senado
por mi boca. (Le entrega un pliego.)

OTELLO Y beso yo este pliego
donde llegan sus altas voluntades.

DESDÉM. (A Ludovico, conteniendo su emoción.)

¿Qué noticias traéis, querido primo?

YAGO Sed bienvenido a Chipre. Gozo al veros.

LUDOVICO ¡ Oh, gracias !... ¿ Y el teniente Casio ?

YAGO ¡ Vive !...

DESDÉM. De mi esposo, cruel desavenencia
lo mantiene alejado ; espero, primo,
que vos lo arreglaréis.

OTELLO ¿ Así lo esperas ?

DESDÉM. ¡ Señor !...

OTELLO (Leyendo.) « Y lo que nos aquí ordenamos
cuidaréis de cumplir. »

LUDOVICO (A Desdémona.) Con vos no hablaba,
proseguía leyendo. ¿ Mas, riñeron
Casio y Otelo ?

DESDÉM. Sí, y me gustaría
reconciliarlos, por el mismo afecto
que tengo a Casio.

OTELLO ¡ Ira de Dios !

DESDÉM. ¡ Esposo !

OTELLO ¿ Estás en tu juicio ?

DESDÉM. (A Ludovico.) ¿ Qué le pasa ?

LUDOVICO Quizá le irrite lo que allí le dicen,
pues le previenen que a Venecia torne,
y Casio ocupe su lugar.

DESDÉM. Me place.

OTELLO ¿ De veras ?

DESDÉM. ¡ Oh, señor !

OTELLO Y a mí me place
hallarte loca.

DESDÉM. ¡ Mi querido Otelo !

OTELLO ¡ Lucifer ! (Golpeándola.)

- DESDÉM. (Llorando.) ¡Yo jamás he merecido
que me trates así!
- LUDOVICO (Interviniendo.) Nunca en Venecia
se creyera un suceso como este,
aunque con juramento lo afirmara.
Reparad vuestra falta; ved su llanto.
- OTELLO ¡Oh, Lucifer! ¡Oh, Lucifer! Si el llanto
de una mujer regara el Universo,
cada gota un caimán se tornaría.
Aparta. (A ella.)
- DESDÉM. (Yéndose.) Sí, me voy, ya que mi vista
te causa enojo.
- LUDOVICO Dama más humilde
no se hallara en verdad. Señor, os ruego
que la llaméis.
- OTELLO ¡Mujer!
- DESDÉM. ¿Qué es lo que ordenas?
- OTELLO (A Ludovico.)
¿Qué la queréis?
- LUDOVICO ¿Yo?
- OTELLO ¡Vos! ¿No me dijisteis
que la llamara? Sí, bien presto torna
y retorna otra vez; y llora, llora
señor, y ella es sumisa, muy sumisa.
¡Sigue llorando! (A Desdémona.)
(A Ludovico.) Y vos, por lo que dicen
en estos pliegos... (¡Qué terrible pena
tan bien fingida!) en ellos me dan orden
de tornar a Venecia y yo la acato.
Iré a Venecia.
(A Desdémona.) ¡Vete, vete; déjame!
(A Ludovico.) Den a Casio mi cargo; mas espero
que esta noche vos cenaréis conmigo.
Sed bienvenido en Chipre... ¡Miserables!
¡Maldición, maldición! ¡Traidores! ¡Ji-
[míos!
- (Vase. Todos permanecen suspensos y admirados.)

TELÓN

FIN DEL ACTO CUARTO



ACTO QUINTO

Una alcoba en el palacio. Al fondo, el lecho; una lámpara encendida ilumina la estancia.

ESCENA PRIMERA

DESDÉMONA y EMILIA

- EMILIA Parece que se halla más tranquilo.
DESDÉM. Me ha dicho que me acueste, pues volvía al instante. También me dió el encargo de despedirte cuando esté servida.
- EMILIA ¿Despedirme?... ¿por qué?
DESDÉM. Me lo ha ordenado.
Así pues, buena Emilia, dame presto mi ropa de dormir, que no quisiera contrariarle, y adiós.
- EMILIA Pluguiera al cielo que jamás a tal hombre conocierais.
DESDÉM. ¡Oh, no, Emilia! Todas las perfecciones en él halla mi amor. Su adusto ceño, su terquedad y su terrible cólera, aun aquilatan más sus perfecciones a mis ojos. Descíñeme.
- EMILIA Se hallan
sobre el lecho las sábanas.
- DESDÉM. ¡Dios mío!...
Es igual; ¡mas a veces nos asaltan unos caprichos!... Si muriese, acaso,

antes que tú, quisiera que mi cuerpo
amortajes en una de esas sábanas.
¡ Callad, por Dios !

EMILIA
DESDÉM.

Tenía una doncella
que se llamaba Bárbara, mi madre.
Tuvo amores ; tornóse el novio loco
y la dejó. Una canción sabía,
vieja canción acorde con su pena ;
cantándola murió. Me es imposible
olvidarla esta noche ; mi cabeza
se inclina y como Bárbara yo canto...
Abrevia, por favor.

EMILIA
DESDÉM.

¿ Queréis la bata ?
No ; suéltame el vestido... Ludovico
es discreto.

EMILIA
DESDÉM.
EMILIA

Y amable.

Muy bien habla.

Una dama en Venecia he conocido,
que a pie descalzo iría a Palestina
por alcanzar un beso de sus labios.

DESDÉM.

(Va cantando, mientras Emilia la desnuda.)
*Sentada a la sombra del sauce, la niña,
canta, verde sauce,
su rostro en las manos llorando escondía.
canta, sauce, sauce.
Repite sus ayes la rauda corriente,
canta, sauce, sauce,
la roca más dura su llanto entornece.
canta, sauce, sauce...*

Vendrá al momento ; guárdame esta ropa.
De tus verdes hojas corona he de hacer-
No sigue así... ¿ Llamaron? [me.

EMILIA
DESDÉM.

Es el viento.

*De mi amante nadie culpe los desdenes,
canta, sauce, sauce.*

*De falso le acuso y me ha contestado,
canta, sauce, sauce...*

que muchos te adoren, si muchas he ama-
[do.

¡ Vete ya ; buenas noches ! ¡ Oh, me escue-
los ojos y es señal dicen de llanto ! [cen

EMILIA

Dejad que digan.

DESDÉM. Dime, dime, Emilia :
¿crees tú que hay mujeres tan infames
que vendan de ese modo a sus esposos?

EMILIA ¡Y no ha de haberlas !

DESDÉM. ¿Todo el Universo
te induciría a tal baja?

EMILIA ¿Acaso
os indujera a vos?

DESDÉM. No ; te lo juro
por la luz de esos astros.

EMILIA No lo hiciera
yo tampoco a su luz, mas en tinieblas...

DESDÉM. ¿Por todo el mundo acaso cometieras
tal acción?

EMILIA Es el mundo una gran cosa ;
gran beneficio, para leve falta.

DESDÉM. No creo lo que dices.

EMILIA Si lo hiciera,
deshaciéndolo luego... ; mas os juro,
que no pecara por una sortija
o un pedazo de lienzo, por vestidos
tocas o encajes ; valen poca cosa.
¡ Mas por el mundo entero !... ¿Quién no

DESDÉM. El cielo me maldiga si llegase
a turbarme esta idea.

EMILIA Si tenía
el mundo en mi poder, la falta nadie
podría echarme en cara.

DESDÉM. No, no creo
que exista una mujer capaz de tanto.

EMILIA No una sino muchas ; suficientes
para llenar el mundo. Mas yo creo
que es culpa del marido si ellas pecan,
ya porque él faltaba a sus deberes,
o arrojó su tesoro en mano ajena,
o ardiendo en unos celos miserables
a la esposa oprimiendo la golpea,
inquiriendo indiscreto en su pasado.

Han de saber que no somos palomas sin hiel y que también place a nosotras la venganza ; que tanto como ellos, somos inteligentes ; que como ellos distinguimos lo dulce de lo amargo. ¿ Por qué por otras nos olvidan ? ¿ Sólo es diversión ? ¡ Quizás ! ¿ Por acicate de la pasión ? ¡ Quién sabe ! ¿ Es que son [frágiles?

¡ Pudiera ser ! ¿ Mas, no somos nosotras divertidas, apasionadas, frágiles como ellos ? Pues obren con prudencia, que si llegamos a pecar, sus faltas son de nuestros pecados el origen.

DESDÉM.

(Ya en el lecho, corriendo las cortinas.)
Buenas noches, Emilia, buenas noches. Nunca nos sirva la maldad ajena para imitarla ; sírvanos de ejemplo, para aumentar nuestras virtudes todas.
(Vase Emilia, cerrando la puerta ; la escena queda sola un largo espacio. Duespués entra Oteló.)

ESCENA II

OTELÓ y DESDÉMONA

OTELÓ

¡ Esta es la causa, corazón ; la causa que jamás os diré castas estrellas ! Mas yo no quiero derramar su sangre ni lacerar su piel, su piel suave como una estatua de alabastro. Y debe morir para que a otros no traiciones por mucho que me pese. Estas dos luces apagaré : la lámpara primero, después tu luz. (Por Desdémona.)
(Por la lámpara.) Si ahora yo te apago fiel servidor, mis manos cuando quiera te tornarán a vida.
(Por ella.) Mas si extingo tu llama ; oh la obra más perfecta que la Naturaleza crear pudo !

¿dónde de Prometeo hallaré el fuego
que puede reanimar tu luz espléndida?
Si la rosa yo arranco de su tallo,
¿cómo aliento vital podré de nuevo
comunicarle? La veré marchita
sin remedio. Su dulce aroma ansío
aspirar en el cáliz.

(La besa.)

Dulce aliento,
a la misma justicia persuadieras
logrando que su aguda espada quiebre.
¡ Otro beso !... ¡ Otro aún ! Si permaneces
así como te miro, cuando muerta,
la vida he de quitarte, solamente
para amarte después. Aún otro beso,
el último. Jamás ha sido un beso
tan fatal y tan dulce. No es posible
el llanto contener. ¡ Feroces lágrimas !
Es mi dolor cual cólera divina
que viene a herir aquello que más ama.

DESDÉM. (Despertando.)

¿Quién? Oteló, ¿eres tú?

OTELÓ Yo soy; el mismo.

DESDÉM. ¿Deseas acostarte?

OTELÓ Dí, Desdémona,

¿has rezado esta noche?

DESDÉM. Como siempre.

OTELÓ Si algún crimen acude a tu memoria
que no te tenga perdonado el cielo,
su gracia implora sin perder instante.

DESDÉM. Oh, señor, no comprendo tus palabras.

OTELÓ Cumple lo que te digo. Reza y pronto
termina. Yo pasearé entretanto.

No quisiera la vida arrebatarte
sin que te hallaras a morir dispuesta.
Líbreme el cielo de matar tu alma.

DESDÉM. ¿Hablas tú de matar?

OTELÓ Sí.

DESDÉM. Que se apiade
en tal caso el cielo de mi alma.

OTELÓ De todo corazón yo lo deseo.

DESDÉM. Acaso no me mates, si tal dices.

OTELÓ ¡ Oh !...

- DESDÉM. Y no obstante, gran pavor me causas.
Es fatal tu mirada cuando giras
así los ojos. Yo no he cometido
crimen alguno y tiemblo a pesar mío.
- OTELLO Piensa en tus culpas.
- DESDÉM. Sólo son amores.
que me arrastran a ti.
- OTELLO Por ellos mueres.
- DESDÉM. Horrible muerte, aquella que nos hiere
por amor. Dime ¡oh, cielos! ¿por qué
muerdes
tus labios? Y tu cuerpo ¿por qué tiembla,
agitado por furias insensatas?
Tristes presagios tengo, mas auguro
que no son contra mí.
- OTELLO Calla y atiende.
- DESDÉM. Sí, sí, ¿qué quieres?
- OTELLO Regalaste a Casio
aquel pañuelo que yo amaba tanto
y que te di.
- DESDÉM. ¡No es cierto! Por mi alma
lo juro. Llama a ese hombre y le pregun-
tú mismo. [tas
- OTELLO No perjures, no perjures.
En tu lecho de muerte estás. Recuérdalo.
- DESDÉM. ¿Y he de morir ahora?
- OTELLO Sí, al instante.
Por lo tanto confiesa tu delito
que no puedes negar con juramentos
la firme convicción que me devora
y me obliga a lanzar roncós gemidos.
¡Vas a morir!
- DESDÉM. Entonces ¡oh Dios mío,
apiadaos de mí!
- OTELLO Amén, te digo.
- DESDÉM. Y tú también apiádate, que nunca
te falté y jamás he amado a Casio.
Sólo el afecto que permite el cielo
yo puse en él, y nunca le di prenda
de amores.
- OTELLO No ¡por Dios! que mi pañuelo
he visto entre sus manos. Oh, perjura,

mi corazón se torna en dura roca
al oírte y lograrás que cumpla
horrible asesinato, en vez de aquello
que yo quería trocar en sacrificio.
Yo vi el pañuelo, yo.

DESDÉM. Lo halló sin duda,
que jamás se lo di. Que venga y diga
él la verdad.

OTELO Ha confesado...

DESDÉM. ¿Cómo?

OTELO Que te entregaste a él.

DESDÉM. ¿Indignamente?

OTELO Sí.

DESDÉM. Que torne a decirlo.

OTELO El noble Yago
selló su boca.

DESDÉM. Mis temores hablan.

¿Ha muerto?

OTELO Si tuviera tantas vidas
como cabellos, mi feroz venganza
uno a uno los fuera devorando.

DESDÉM. ¡Ah! ¡Le hicieron traición y me han per-
[dido!

OTELO ¡Aparta miserable! ¿Osas llorarle
en mi presencia?

DESDÉM. ¡Oh, señor, arrójame
de tu lado, mas no me mates!

OTELO Basta.

DESDÉM. Dame muerte mañana; que yo viva
esta noche tan sólo...

OTELO Si resistes.

DESDÉM. ¡Media hora, no más!

OTELO Ya es tarde.

DESDÉM. ¡Deja
que rece una oración!

OTELO ¡Ya no es posible!
(La ahoga.)

EMILIA (Llamando a la puerta.)

¡Señor, señor!

OTELO ¡Oh! ¿qué ruido es este?
¿No está muerta? ¿No está muerta del
[todo?

Si soy cruel, aun compasión te tengo
y prolongar no quiero tu agonía,
¡Así, así!...

EMILIA

(Dentro.) ¡ Señor, señor !

OTELLO

¿Quién llama?

EMILIA

(Dentro.)

Una palabra...

OTELLO

Emilia, sí.

(Mirando a Desdémona.)

¡ Está muerta !

Vendrá a decirme, cómo murió Casio,
mucho gritaron. ¡ Ah, ya no se mueve !

¡ Como si reposara en el sepulcro !

¿ La dejaré que pase ? ¿ Puedo hacerlo ?

Parece que se mueve... ¡ No ! ¿ Qué debo

hacer?... ¡ Si yo la dejo entrar, sin duda

hablará a mi mujer ! ¡ Si no la tengo !

¡ Mi mujer ! ¡ Mi mujer ! ¡ Hora terrible,

espantoso suplicio ! Inmenso eclipse

de la Luna y del Sol quizás ocurre

y la tierra, asombrada de espantoso

pavor, se resquebraja y desmorona.

EMILIA

Mi buen señor, preciso es que yo os ha-

ble.

OTELLO

Ya te había olvidado ; entra. Despacio.

Aguarda un poco. Corro las cortinas.

¿ Dónde estás ?

(Abre la puerta.)

¿ Qué deseas ?

ESCENA III

OTELLO y EMILIA

EMILIA

(Entrando.)

¡ Ah ! Un horrible
asesinato, han cometido.

OTELLO

¿ En este
instante ?

EMILIA

¡ En este instante !

OTELLO

Es de la Luna
funesto error, pues más de lo que suele
a la Tierra se acerca y enloquece
a los hombres.

- EMILIA Oíd : Ha dado muerte
Casio a Rodrigo, un joven veneciano.
OTEOLO ¡ Rodrigo asesinado y Casio muerto !
EMILIA No, Casio vive.
OTEOLO ¿ Dices tú que vive ?
Si eso es asesinato, la venganza,
ronca está y desentona...
- DESDÉM. ¡ Muero, muero,
vilmente asesinada !
EMILIA ¡ Oh, Dios ! ¿ Quién grita ?
OTEOLO ¿ Cómo ?
EMILIA ¡ La voz de mi señora ! Pronto.
(Se dirige al lecho y abre las cortinas.)
¡ Favor ! ¡ Favor ! ¡ Socorro ! Hablad, se-
ñora !
DESDÉM. ¡ Muero inocente !
EMILIA ¿ Quién os hirió ?
DESDÉM. Nadie ; yo misma he sido.
OTEOLO ¡ Recuérdame a mi esposo ! (Muere.)
(A Emilia.) ¿ De qué suerte
fué asesinada ?
EMILIA ¡ Oh, qué horror ! ¿ Quién sabe ?
OTEOLO ¿ No la oíste decir que yo no he sido ?
EMILIA Lo que ella ha dicho atestiguar yo debo.
OTEOLO Mintió al morir. Yo fuí quien la dió muer-
te.
EMILIA Por lo mismo, más pura mi señora
y más infame vos.
OTEOLO Vil prostituta,
su decoro manchó.
EMILIA Calumnia sólo
vuestras palabras son.
OTEOLO Ella fué falsa
como el agua.
EMILIA Violento como el fuego
fuisteis vos, al pensar que os traicionaba.
OTEOLO Casio su amante fué. Lo dijo Yago.
En la sima más honda del infierno
debieran arrojarme condenado
si a obrar como yo obré no me indujera
justa causa ; tu esposo bien lo sabe.
EMILIA ¡ Mi esposo !

OTELLO

Sí.

EMILIA

OTELLO

¿Os dijo que os faltaba?
Con Casio. Que si fiel me hubiera sido,
aunque otro mundo me brindara el cielo
más limpidó y perfecto, no quisiera
aceptarlo.

EMILIA

OTELLO

¡ Mi esposo !
Fué el primero
que descubrió la afrenta. Un hombre hon-
rado
a quien repugnan todas las bajezas.

EMILIA

OTELLO

¡ Mi esposo !
Sí ; mas, ¿ para qué repites
mis palabras, mujer ?

EMILIA

OTELLO

EMILIA

OTELLO

EMILIA

¡ Mi dulce ama !
Del amor se ha burlado la perfidia.
¡ Atreverse a decir que no era pura !
Sí, sí, tu esposo fué. Mi digno amigo,
el honrado, el honrado y noble Yago.
Si tal dijo, que su alma se corrompa
lentamente. ¡ Mintió, mintió el infame !
¡ Ah ! (Amenazándola.)
No me asustan todas vuestras iras.
Del cielo es tan indigna vuestra hazaña,
como vos sois indigno de ella.

OTELLO

EMILIA

¡ Calla !
La fuerza de mi pena, no la iguala
vuestro deseo loco de dañarme.
¿ Qué habéis hecho ? ¿ Creéis que me ame-
drenta
vuestra espada ? ¡ A todos decir quiero
quién sois, aunque perdiese veinte vidas !
¡ Favor ! Favor ! ¡ Socorro ! ¡ Que a mi
dueña
ha dado muerte el Moro ! ¡ Al asesino !

ESCENA IV

Dichos, MONTANO, GRACIANO, YAGO y sirvientes de palacio.

MONTANO ¿Qué ocurre, general?

GRACIANO ¿Decid, qué pasa?

EMILIA (Dirigiéndose a Yago.)

Si eres hombre de honor, a este villano desmiente, pues afirma que dijiste que le era infiel su esposa. Que es infame calumnia yo lo sé y tú no puedes ser miserable tan envilecido...

Habla, pues; que mi corazón estalla de angustia. ¡Habla!...

YAGO Dije solamente aquello que pensaba, y dije sólo lo que él halló verdad y con sus mismos ojos pudo observar.

EMILIA Mas ¿tú dijiste que ella fué desleal?

YAGO Sí.

EMILIA Pues, mentiste infamemente. ¡Sí! ¡Mentira odiosa! ¿Y con Casio, con Casio?

YAGO Sí, con Casio, y calla ya.

EMILIA No. Debo hablar; oídme: ¡Asesinada está sobre su lecho mi señora!

MONTANO ¡Horror!

GRACIANO ¡Dios nos asista!

EMILIA (A Yago.)

¡Por tu culpa ella ha muerto, miserable! No os asombréis, dice verdad.

EMILIA ¡Infamia!

¡Infamia!

YAGO Vete a casa. ¿Enloqueciste quizás?

EMILIA No, yo he de hablar, y ser pudiera que a tu casa jamás tornase, Yago.

(Otelo cae sollozando y rugiendo sobre el lecho.)

¡ Al suelo, al suelo y ruge ! ¡ La más dulce
mujer que miró el cielo !

OTELLO

Fué traidora.

(A Graciano.)

Perdonadme, señor. Vuestra sobrina,
cuyo aliento ahora mismo con mis manos
he extinguido, allí se halla tendida.
Abominable juzgaréis mi hazaña.

GRACIANO

¡ Desdichada Desdémona ! ¡ Bien hizo
tu padre falleciendo !

OTELLO

¡ Horrible trance !

Mas a Yago le consta que con Casio
ella mil veces infamó mi nombre.
El mismo Casio declaró. Su afecto
ella recompensó con la primera
ofrenda que le di cual testimonio
de mi amor. Yo la he visto entre sus ma-
Era un viejo pañuelo que mi padre [nos.
a mi madre entregó de amor en prenda.

EMILIA

¡ Oh, santos cielos !

YAGO

¡ Calla !

EMILIA

¡ Torpe Oteló !

Yo hallé vuestro pañuelo, abandonado,
y a mi esposo lo di, ya que sin tregua
me incitaba a robarlo.

YAGO

¡ Miserable !

EMILIA

Desdémona jamás lo entregó a Casio,
pues yo lo di a mi esposo.

YAGO

¡ Mientes ! ¡ Mientes !

(Hiere a Emilia y huye.)

GRACIANO

¡ A su mujer mató !

MONTANO

Tomad la espada
del Moro. Que se guarden las salidas
del castillo. Yo mismo voy en busca
de ese infame cobarde. (Vase.)

OTELLO

Hasta yo mismo
mi valor he perdido ; ¡ que mi espada
me quita de las manos un pigmeo !
Más ¿ para qué la honra ahora pretende
sobrevivir al mismo honor ? Que todo
se acabe de una vez.

EMILIA

¡ Oh ! ¿ qué auguraba,

señora, tu canción? ¿Puedes oirme?
Cantando moriré: *Oh sauce, sauce...*

(Queda a los pies del lecho espirante.)

OTELLO Aun puedo hallar un arma. Es una espada
española, templada en la corriente
helada de un arroyo. Vedla. Es fuerza
ahora que yo salga.

GRACIANO Caro puede
costaros el intento.

OTELLO Pues oídme:
Tengo un hierro. Jamás soldado alguno
lo ha ceñido mejor y muchas veces
mi débil brazo armado de esta espada
excelente, camino supo abrirme
entre obstáculos mucho más temibles
que el que vosotros me oponéis ahora.
Mas ¡alardes inútiles! ¿Quién puede
oponerse al destino? Pasó todo
y no debéis temerme al verme armado.
Mi jornada acabó; hallé ya el límite
del triste mar de la existencia mía.
¿Os apartáis de mí? Temores vanos,
pues si esgrimís un junco contra el Moro,
veréis cómo ante el junco retrocede.
¿A qué lugar dirigirá sus pasos?
¿Qué expresión es la tuya, desdichada
mujer? ¡Como tu túnica eres pálida!
Cuando nos encontremos frente a frente
en la otra vida, esa mirada tuya
arrojará mi alma del Empíreo
y caerá entre las garras de las furias.
¡Cual tu pureza yerta estás! ¡Maldito,
maldito esclavo! ¡Oh, genios infernales
expulsadme de aquí y así no goce
de la visión divina que contemplo.
Lanzadme al huracán más espantoso,
en derretido azufre haced que arda,
sumergidme en profundo mar de fuego!...
¡Muerta! ¡Muerta! ¡Desdémona! ¡Des-
[démona!

ESCENA V

OTELO, LUDOVICO, MONTANO, YAGO prisionero y guardias

LUDOVICO Ese ser iracundo y desdichado
¿dónde se halla?

OTELO ¿Preguntáis acaso
quién era Oteló? Vedle.

LUDOVICO ¿Y ese infame?
Traedlo aquí.

OTELO Dejad, dejad, que vea
sus pies. Si eres Luzbel es imposible
matarte.

LUDOVICO Desarmadle.

YAGO Aunque me ha herido,
no me ha muerto.

OTELO Prefiero yo que vivas :
ya que es la muerte para mí suprema
felicidad.

LUDOVICO ¡De vos, qué dirá el mundo !

OTELO Lo que quiera. Quizás noble asesino
me llame ; que al matar como he matado
la honra movió mi brazo, y no la ira.

LUDOVICO La estancia abandonad. Venid conmigo
que del poder os privan y gobierna
ya en Chipre, Casio. Conducidle.

OTELO Os ruego
que os detengáis. Oídme dos palabras :
Al Estado he servido lealmente,
ya lo saben y basta. Mas suplico
que al relatar estos terribles hechos
habléis de mí como quien soy. Excusas
no pido ni disculpas ; mas por fuerza
tenéis que hablar de un hombre que no su-
amar discretamente, sino mucho. [po
De un hombre que fué tardo en la sospe-
cha ;
mas que por la traición herido, víctima
fué de las dudas más abominables.
De un hombre que, cual indio miserable,

tiró con mano aleve, hermosa perla,
de más valía que su tribu entera.
De un hombre, cuyos ojos, ya humillados,
aunque apenas verter saben las lágrimas
hoy derraman un llanto más copioso
que la resina que derrama el árbol
de Arabia. Escribid esto. Añadid luego
que una vez en Alepo, viendo un turco
que osó infame ofender a un veneciano
insultando al Estado, asegurando
de la garganta al perro incircunciso
así lo degolló. (Se hiere.)

LUDOVICO

¡Aciago día!

OTELLO

¡Cuando te di la muerte, te di un beso,
ahora al matarme, sobre el beso muero!

(Cae muerto, todos permanecen inmóviles y horrori-
zados.)

TELÓN

FIN DE LA TRAGEDIA

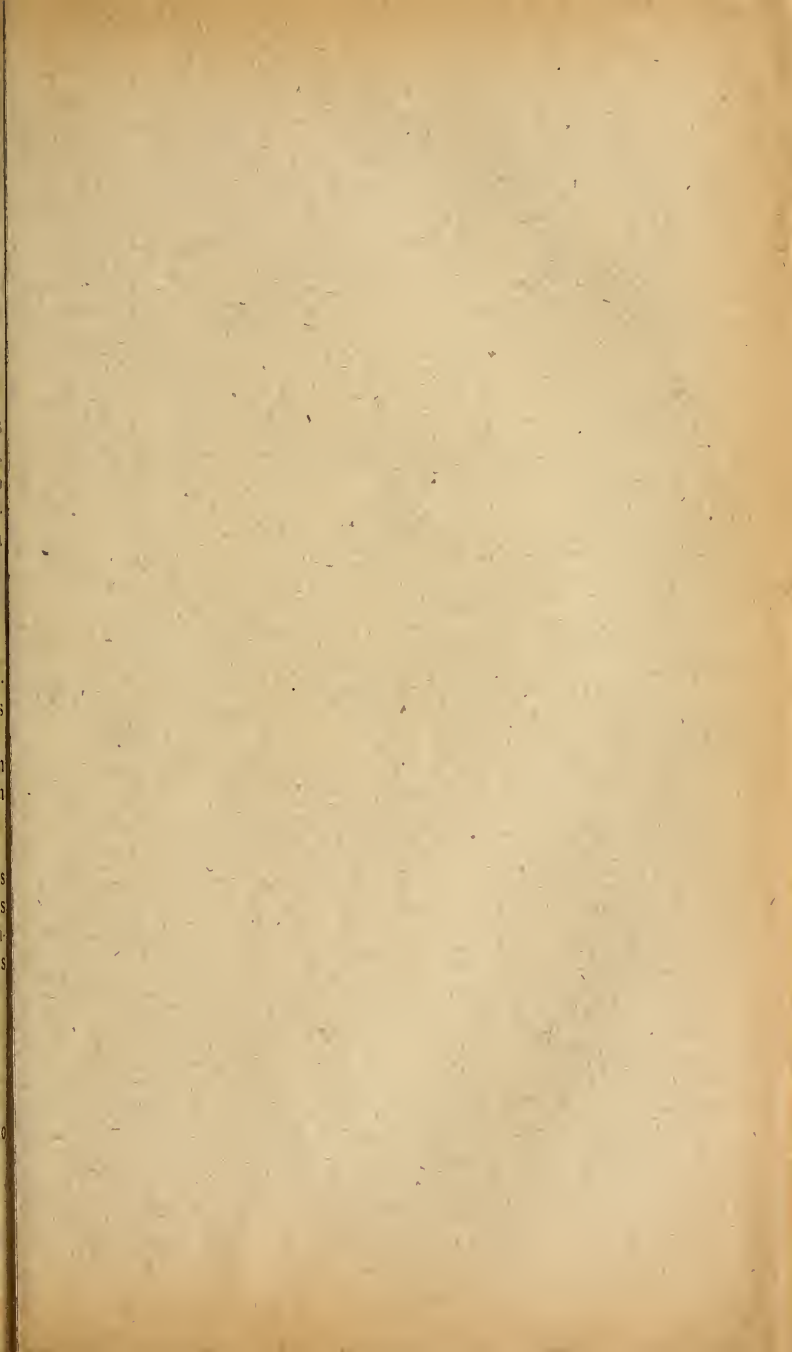
BIBLIOTECA TEATRO MUNDIAL

Dirección: San Pablo, 21 - BARCELONA

OBRAS PUBLICADAS

- | | |
|----------------------------------------------------|-----------------------------|
| La Princesa del Dollar | El Alcalde de Zalamea |
| La Ola gigante | Los dos pilletes |
| El señor Conde de Luxemburgo | D. Juan de Serrallonga |
| Captura de Raffles o el triunfo de Sherlock Holmes | El Rey Lear |
| El Sol de la Humanidad | Espectros |
| Zazá | Las Cigarras Hormigas |
| Mujeres Vienesas | El Registro de la Policía |
| Hamlet | El vergonzoso en Palacio |
| Giordano Bruno | La Fuerza de la Conciencia |
| El nido ajeno | Aurora |
| El Rey | Eva |
| Prisionero de Estado o la Corte de Luis XIV | El Bufón |
| Los Miserables | El Cuchillo de Plata |
| La ladrona de niños | Nick Carter |
| Los dioses de la mentira | La Cena de los Cardenales |
| Cristo contra Mahoma | Justicia Humana! |
| Juventud de Príncipe | El Señor Feudal |
| Juan José | El veranillo de S. Martín |
| La sociedad ideal | El desdén con el desdén |
| La cizaña | Cuento inmoral |
| Entre ruinas | Amor de amar |
| La vida es sueño | La dama de las camelias |
| Sabotage | La domadora de leones |
| Pasa la ronda | Los dos sargentos franceses |
| Magda | El Místico |
| El Papá del Regimiento | García del Castañar |
| La viuda alegre | La fierecilla domada |
| | El honor |
| | El sí de las niñas |
| | María Antonieta |
| | El Conde de Montecristo |

Otelo



Precio: DOS pesetas